

Enero 2004 1

*BOLETÍN OFICIAL
de las DIÓCESIS de la
PROVINCIA ECLESIAÍSTICA
de MADRID*

Diócesis de Madrid

SR. CARDENAL-ARZOBISPO

- "Reflexión teológica sobre la Peregrinación en la Iglesia de Hoy" 3
- Educar para la Paz 13
- "Mirad a mi siervo, a quien sostengo" 16
- Una nueva llamada a la Conversión en el campo ecuménico 21
- Carta a todos los niños de Madrid con motivo de la Jornada de la Infancia Misionera 24
- La Supremacía absoluta de Dios 27

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

- Nombramientos 30
- Distinciones Pontificias 32
- Defunciones 33
- Actividades del Sr. Cardenal. Enero 2004 35

DELEGACIÓN PARA LA CAUSA DE LOS SANTOS

- Causa de Canonización 37

DELEGACIÓN DIOCESANA DE LITURGIA

- Calendario litúrgico propio de la Archidiócesis de Madrid. Año 2004 38

Diócesis de Alcalá de Henares

SR. OBISPO

- Fiesta de Santa Genoveva Torres Morales, fundadora de las "angélicas" 41
- Acto de apertura de la Visita Pastoral al Arciprestazgo de Torrejón 47
- Celebración de la palabra "Oración por la Unidad de los Cristianos" 51

VICARÍA GENERAL

- Actividades diocesanas 54

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

- Nombramientos 56
- Defunciones 57
- Actividades del Sr. Obispo. Enero 2004 58

Diócesis de Getafe

SR. OBISPO

- Homilía en la Solemnidad de la Epifanía del Señor 61
- Homilía durante la Misa de Consagración de Vírgenes 65

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

- Nombramientos 69

INFORMACIÓN

- Días de 2004 en que el Obispado de Getafe permanecerá cerrado 72

Iglesia Universal

ROMANO PONTÍFICE

- Mensaje para la celebración de la Jornada Mundial de la Paz 73

Edita:

SERVICIO EDITORIAL DEL ARZOBISPADO DE MADRID. c/ Bailén, 8 - 28071-MADRID - Teléfono: 91 454 64 00

Redacción:

DELEGACIÓN DIOCESANA DE MEDIOS DE COMUNICACIÓN SOCIAL
c/ La Pasa, 5. Bajo, dcha. - 28005-MADRID - Teléfono: 91 364 40 50 - E-mail: boam@planalfa.es

Administración, Suscripciones y Publicidad:

c/ Bailén, 8 - 28071-MADRID - Teléfono: 91 454 64 00

Imprime:

Orinoco Artes Gráficas, S.L. - c/ Caucho, 9 - Tels. 91 675 14 33 / 91 675 17 98 - Fax: 91 677 76 46
E-mail: origrafi@teletel.es - 28850-Torrejón de Ardoz (Madrid)

AÑO CXXII - Núm. 2756 - D. Legal: M-5697-1958

Diócesis de Madrid

SR. CARDENAL-ARZOBISPO

**“REFLEXIÓN TEOLÓGICA SOBRE
LA PEREGRINACIÓN EN LA IGLESIA DE HOY”**

3º ENCUENTRO MUNDIAL DE COFRADÍAS

Sr. Arzobispo, querido Jaime, Presidente y Vicepresidente de la Archicofradía del Apóstol, queridos amigos:

Agradezco mucho las palabras de D. Jaime García; somos conocidos y amigos, viejos amigos desde los tiempos anteriores a mi nombramiento de Obispo Auxiliar de Santiago. Por lo tanto, todo lo que dijo en esta introducción, saludo y presentación, es muestra de esa vieja amistad y del común interés por el Camino de Santiago, por el hecho jacobeo y el culto a Santiago, por su actualización y renovación después de lo que fue también tormentoso para el hecho jacobeo en los últimos decenios. Recuerdo perfectamente lo que costó en su día la causa jacobea no sólo desde ella misma sino también desde su entorno; como desde el Año Santo del 71 se fueron recuperando y se fue configurando el modo y forma de celebrar litúrgicamente la llegada a Santiago y la experiencia del final de la peregrinación. Recuerdo en el año 82 que contábamos los peregrinos a pie, por semanas o por meses, en aquellos días en los que, a lo mejor, habían llegado -se comentaba- cinco peregrinos. Y recuerdo la única peregrinación juvenil, que en el año 82 hicieron a Santiago unos 600/700 jóvenes -y para su honra hay que decirlo eran del movimiento de Comunión y Liberación y eran madrileños-, que produjeron una cierta sensación en la ciudad de Santiago. Creo sinceramente que en el año 2004 no serán

suficientes las viejas vías de Santiago para acoger el número de peregrinos que llegarán a la Ciudad del Apóstol desde todos los puntos de España y de Europa y también de allende del mar. He saludado a la entrada de este Auditorio a un grupo de la Archicofradía de Santiago de la Argentina, ¡todo un símbolo, un signo de hasta donde llega el interés por el Camino de Santiago!

Me han invitado ustedes a ofrecerles una reflexión teológica sobre la peregrinación en la Iglesia de hoy. Es un título que está formulado en términos generales, por lo tanto se podría aplicar la reflexión, tanto a la peregrinación a Santiago como a cualquier tipo de fenómeno de peregrinación que pueda vivirse en un contexto de la Iglesia contemporánea. La verdad es que la peregrinación es tema de actualidad. Me fijaré en algunos aspectos de la realidad de la Iglesia y luego en una segunda parte ofreceré unas reflexiones para una recta comprensión teológica de la peregrinación, para en un tercer momento, aludir a nuevos elementos en orden a una recta praxis de la peregrinación, y finalmente concluiré con algunas reflexiones sobre la relación entre las instituciones civiles y la peregrinación comprendida en clave teológica, cristiana. Y, aunque no está dentro del título de la conferencia, la peregrinación en Año Santo que tenemos a las puertas del futuro inmediato de Santiago de Compostela, es obligada alguna conclusión de las reflexiones anteriormente expuestas en relación con el inminente Año Santo Compostelano.

Actualidad de la peregrinación en la Iglesia de hoy

Hoy no se le oculta a nadie la actualidad de la peregrinación en la experiencia de la Iglesia contemporánea, vista en el contexto de la universidad de la Iglesia Católica extendida por todos los lugares y por todos los continentes de la Tierra. Por otra parte, la atracción que ejerce Santiago de Compostela en la actualidad en los mas distintos ambientes de la Iglesia Católica es sencillamente sorprendente y única, incluso si lo consideramos en el amplio panorama de la historia general de la Iglesia.

Las descripciones del Calixtinus se quedan cortas a la hora de comparar lo que era la experiencia de ese siglo clásico del Camino de Santiago con su realidad a comienzos del S.XXI. El tercer milenio comienza con una floración del Camino de Santiago que supera con mucho las expectativas del comienzo del segundo milenio. Aunque, sin duda, hay que añadir que el hecho de la peregrinación se encuentra vivo en otros lugares de la Iglesia. Roma sigue siendo el lugar que atrae peregrinos

de forma creciente, casi desbordante, en estos 25 años del Pontificado de Juan Pablo II, cuya efermérides celebrábamos el día 16 de octubre en Roma con una conmovedora celebración eucarística en la Plaza de San Pedro. Sin embargo, el peregrino romano -el así llamado romero- no es peregrino de a pie; todavía no se ha encontrado la fórmula práctica -pastoral y geográfica- para caminar de nuevo a Roma como peregrino, como en otros tiempos. La Tumba de los Príncipes de los Apóstoles bien se merecía la peregrinación a pie. De todos modos lo sustantivo de la peregrinación cristiana se muestra presente en Roma de forma extraordinariamente viva. Más ejemplos de modelos populares de peregrinación cristiana podrían añadirse dentro del amplio mapa de la piedad del mundo católico donde se puede percibir una vivísima influencia de la que podría calificarse como la nostalgia de Dios del hombre contemporáneo.

Es comprensible, por tanto, que la Iglesia haya dedicado una renovada atención al hecho de la peregrinación desde el punto de vista de una pastoral evangelizadora, ampliando su interés y sus perspectivas a los santuarios en general. Recordemos como ejemplo significativo de esa nueva e intensa atención pastoral y magisterial el documento romano sobre la Pastoral de los Santuarios donde se trata esmeradamente el tema de la peregrinación. En España, la Conferencia Episcopal Española ha integrado en su Plan Pastoral, aprobado hace dos años escasamente, la promoción del Año Santo y de modo especial todas sus actividades relacionadas con la Pastoral de los Jóvenes, recomendando y apoyando activamente la peregrinación europea de jóvenes a Santiago y de todas cuantas iniciativas se emprendan al respecto. Y, por supuesto, los Obispos del Camino de Santiago, los Obispos españoles y, como no podía ser menos, el Arzobispo de Santiago han dedicado esfuerzo, energía y una dosis extraordinaria de compromiso entusiasta con las posibilidades pastorales del Camino. La Carta del año 88 de los Obispos del Camino constituye un jalón importantísimo y un indicador luminoso para el futuro.

Esto por lo que mira a la actualidad del hecho de la peregrinación en el contexto de la Iglesia Católica, que podría ser completado con el interés que despierta la peregrinación a Santiago en ámbitos muy amplios de la sociedad civil, de la española y de la europea en general, e, incluso, más allá del Atlántico: en ambientes de la sociedad americana y hasta en países asiáticos. Yo me he encontrado ya con algún coreano con intereses por el Camino de Santiago. Llegará el día en que habrá que ir a hablar a Taipé o a Seúl del Camino de Santiago. El hecho está ahí y los problemas y las tareas que plantea a la vida y a la misión de la Iglesia de hoy son conocidos. Por ello es bueno -y se impone- acercarse al fenómeno jacobeo y a la

peregrinación con una reflexión inspirada en la fe cristiana, la de la verdad y de la vida plenas, que es la de la Iglesia Católica, e iluminar desde ahí su valor, sus posibilidades, sobre todo las espirituales y apostólicas, sin dejar de lado, naturalmente, las humanas en su más amplio significado. Y para ello hay que comenzar distinguiendo entre valoración doctrinal o teológica y valoración cultural de la peregrinación.

Algunas Reflexiones Teológicas

En el hecho de la peregrinación jacobea se ha destacado a lo largo de estos últimos 20 años con intensidad creciente el valor de lo histórico-cultural. Se trataría antes que nada y como valor primordial el apreciar la peregrinación y su Camino en lo que desde el punto de vista de las experiencias de la historia de la cultura implica la visita de los monumentos histórico-artísticos, contextualizada ampliamente. Importaría, por lo tanto, del conocimiento de los orígenes y realidades espirituales, más o menos definidas, que los han sustentado en el pasado y el acercamiento en directo al mundo monacal con sus tradiciones de vida contemplativa, etc., sin descuidar lo que podrían llamarse las huellas populares de la cultura de la peregrinación, presentes y operantes en la historia del Camino y de las localidades y pueblos que lo orillan: las formas y modos de celebrar sus fiestas, configurar sus ritos y las expresiones de la piedad popular relacionadas con la vida de las familias y de la propia sociedad. Es evidente que el que camino por un viejo itinerario de peregrinación, sea cual sea -y muy singularmente en el Camino de Santiago-, se encuentra con estas realidades que en no pocos casos permanecen vivas.

Sin embargo, la peregrinación y sus caminos vistos cristianamente representan mucho más que un simple recorrido histórico-artístico o cultural en el sentido más amplio de la palabra. Es evidente que en la configuración interna y estructural de la peregrinación hay elementos que promueven en la experiencia del hombre peregrino el encuentro o el interés por la realidad de Dios. El esfuerzo personal, la forma y modo de exigencias de renuncia y superación de uno mismo, que lleva consigo el hecho de la peregrinación, el contacto con la naturaleza y con los bienes culturales a los cuales se enfrenta el peregrino, ponen de manifiesto en el hombre que peregrina, quiéralo él o no, una búsqueda y un confesado u oculto interés por ese Alguien que está más allá de la naturaleza e incluso de la historia que es Dios, que es el misterio de Dios. Es más, sentirse peregrino pertenece a una dimensión intrínseca de lo que emerge siempre en la experiencia religiosa. La persona cuando busca a Dios en su vida se ve exigida y como forzada interior y psicológicamente a peregrinar, a caminar. A Dios hay que encontrarlo, hay que

tropezarse con Él. La experiencia de Dios conlleva un esfuerzo de superación personal que se inicia en el corazón y termina en las expresiones más corporales de la configuración de la vida. El fenómeno de la peregrinación es bien conocido en la historia de las religiones. El hombre religioso ha peregrinado a los lugares donde se da la posibilidad del contacto con las señales objetivas que despiertan su experiencia religiosa. Han sido clásicos los lugares relacionados con determinados fenómenos de la naturaleza y de la cultura histórico-religiosa del país. Todos esos elementos de religiosidad natural, tanto de carácter personal como colectivo, no agotan, no obstante, ni de lejos, la fórmula y el valor de lo que supone la vivencia cristiana de la peregrinación.

La peregrinación cristiana parte de un supuesto original bíblico no identificable ni comparable con ninguna otra experiencia religiosa y que tiene que ver con su contenido originario y único: el hecho cristiano en su irrepetible originalidad. El cristiano y el cristianismo se refieren a una revelación positiva de Dios en la historia: a los hechos y acontecimientos salvíficos universales que incluyen y la constituyen. El peregrino cristiano busca el encuentro con Dios que se ha revelado en una historia religiosa singular y última y que la culmina desde el punto de vista de la salvación del hombre. Historia salvadora que se puede reconocer en los momentos en que se ha producido y en los lugares en que tuvo lugar el acontecimiento de la revelación y en los modos y en las formas en que se ha articulado y hecho presente en la historia de la humanidad, Dios ha buscado real e históricamente al hombre para salvarlo de una forma inequívoca y precisa con la Encarnación: Dios se hizo carne. La experiencia cristiana de la peregrinación envuelve en sí misma ese fondo de religiosidad natural que late en la entraña misma de lo humano; y simultáneamente lo supera, transforma y eleva a otro plano de experiencia religiosa, sobrenatural. En una palabra, la peregrinación cristiana está centrada nuclearmente en el misterio de Cristo, en su encarnación, vida, muerte y resurrección.

El peregrino cristiano peregrina como cualquier otro peregrino desde un punto de vista físico: emprende caminos, los sigue; siente en lo más íntimo de su alma la nostalgia de Dios, la necesidad de saber dónde está y de cómo se le puede encontrar a Él y a su respuesta a las necesidades de salvación que todos los hombres llevamos dentro de nosotros mismos, sobre todo frente al mal y el pecado. Él se dirige además -y está en condiciones de ir- a través de caminos que le llevan derecho al encuentro con ese Dios que ha venido a salvarle en un punto determinado de la historia hace 2000 años en Belén de Judá, en Tierra Santa, en el viejo solar del pueblo elegido de Israel, en Palestina, de donde salió a través de la palabra de

los apóstoles el anuncio del Evangelio a todo el mundo como un derroche de Gracia e infusión y difusión del Espíritu Santo.

El peregrino cristiano se encuentra con “los signos históricos” de una nueva realidad religiosa que sobrepasa toda las posibilidades propias del hombre y que por la mediación sacramental de la Iglesia llega hasta nuestros días. La revelación cristiana ha contado con una prehistoria.

Toda la historia de Israel prepara ese gran acontecimiento de la revelación del Hijo de Dios, pero ciertamente sin que signifique -en relación con la acción histórica-salvífica de la última y definitiva intervención del Dios que nos salva en Jesucristo, el Hijo, en la comunión con el Espíritu Santo- nada más que un prólogo, un capítulo preparatorio, que ha quedado cumplido y superado sobreabundantemente porque lo que Dios nos ha donado es cualitativamente más que lo que el pueblo elegido esperaba. No sólo sus deseos y ansias fueron satisfechas de forma plena por la acción amorosa de un Dios que se desbordó de misericordia para con el hombre definitiva e irrevocablemente, sino además insuperable. No habrá en la historia futura más, ni otra, revelación, ni más darse de Dios al hombre que el que ha tenido lugar hace dos mil años con Cristo, nuestro Señor, que murió en la Cruz por nuestra salvación. La Cruz gloriosa es el signo indestructible del carácter definitivo de la salvación, y en Cristo crucificado y resucitado Dios nos lo ha dado y dicho todo y ya no tiene más que decirnos ni darnos que lo que nos ha dado y dicho en la Cruz Gloriosa de Jesucristo.

Los Orígenes y Rasgos Teológicos de la Peregrinación Cristiana

Por eso, muy pronto, en los primeros tiempos del cristianismo se inicia una corriente de visita a los Santos Lugares: la primera forma de la peregrinación cristiana. Los lugares de la Vida, Pasión, Muerte y Resurrección de Jesús se presentan enseguida como los puntos de referencia primordiales de los primeros años de la peregrinación cristiana: de los cristianos de la Iglesia de Roma en el tiempo cultural y religioso de la Roma pagana, y después. Ésta experiencia de la primitiva peregrinación cristiana a Tierra Santa la conocemos muy de cerca, sobre todo a través del Diario de Egeria. La fórmula cristiana de peregrinación se extiende pronto a la visita de los lugares de donde ha partido la noticia y el anuncio apostólico del Evangelio: de la Buena Noticia del Salvador. De este modo se convierten también en lugares de peregrinación las Tumbas de los Apóstoles, de los fundadores de las iglesias, de los grandes predicadores y misioneros, etc., en un proceso histórico ininterrumpido

que se prolonga hasta nuestros días. Desde muy tempranamente han sido reconocidos por igual como lugares santos aquellos en los que la figura de la Virgen y el ejercicio maternal de su función de Madre dentro de la Iglesia se ha hecho y hace patente, atrayendo muchedumbres de peregrinos que buscan en Ella a la que es refugio de los pecadores, consoladora de los afligidos, Madre de la Iglesia y de la Divina Gracia. Fátima y Lourdes se nos muestran como dos ejemplos bien notables y actuales de ese amor del pueblo cristiano por la Virgen, expresado en formas extraordinariamente ricas de peregrinación cristiana.

La peregrinación cristiana surge pues con los mismos rasgos e incluye y encierra dentro de sí misma los elementos positivos de la experiencia de la peregrinación religiosa general o natural y a la vez abarca los aspectos culturales que puedan encontrarse en los caminos que la historia cristiana ha ido abriendo a través de los pueblos cristianizados desde muy antiguo. Pero los que peregrinan cristianamente tienen la conciencia de vivir la búsqueda de la relación con Dios en su plena y original verdad como la máxima experiencia a la que puede aspirar el hombre religioso, que no es otra que la del encuentro con Cristo. Por otro lado, la mejor interpretación cultural del camino es la que brota de la experiencia cristiana misma. ¿Es que pueden ser comprendidos los signos y huellas histórico-artísticas y culturales que la peregrinación ha ido dejando en “sus caminos” -singularmente en “el Camino de Santiago”- de forma objetiva y completa, sin fe? La peregrinación cristiana es peregrinación que nace y se nutre de la fe en Dios que se nos ha revelado y dado en Jesucristo y que culmina en una experiencia realizada de conversión a Él. Es, por tanto, en su esencia -yo diría en su alma histórica- un camino de fe, que posibilita y hace efectiva la comprensión íntegra y eminente de lo humano. Valorarla con estos criterios teológicos sigue siendo el gran reto si se quiere acertar con su verdad completa y con la capacidad de vivirla en toda su autenticidad divino-humana.

Por todo ello, la peregrinación cristiana es camino de iglesia. El peregrino parte, en muchos casos, desde algún lugar de la iglesia, de una “Iglesia física”; vive luego el camino con una fe que busca su realización compartiéndola con toda la comunidad de los creyentes. El que busca a Cristo lo busca en la Iglesia, su Cuerpo. No se puede encontrar a Cristo al margen de la Iglesia. La peregrinación cristiana cuando se vive desde el seno y en la comunión de la Iglesia conduce a la experiencia plena del misterio de Cristo presente y operante en su misterio. El Misterio de Cristo y el Misterio de la Iglesia son inseparables, también en la experiencia de la peregrinación cristiana. El que peregrina cristianamente es conducido necesariamente a la conversión de toda su existencia por la fe y los sacramentos de la

Iglesia que exigen cambio radical de vida en el caso de que uno no tenga fe o la viva en una situación de crisis o de pecado grave. La peregrinación cristiana lleva pues a una experiencia de la persona que nace y entreteje en torno a un tipo de hombre que ha ido reencontrándose y *encontrándose* en el camino con Dios y con el otro: el otro hombre, a quien reconoce como hermano. La peregrinación *cristiana* por todo lo dicho anteriormente -por ser forma excelente de encuentro con Cristo- se configuró y se configura en la Iglesia como un marco muy apropiado para realizar la caridad del día a día: la caridad práctica.

Sugerencias Pastorales

Después de esta reflexión sobre la recta concepción teológica de la peregrinación, permítanme unas breves sugerencias finales sobre lo que podría llamarse la recta praxis o recta forma de la peregrinación cristiana. En primer lugar hay que contar con un marco que la facilite, o que la posibilite al menos, tanto desde el punto de vista de sus infraestructuras materiales como desde la perspectiva de la atención y servicio pastoral de la Iglesia. Por ejemplo, el camino físico debe estar liberado de presencias, ocupaciones y usos que impidan el silencio o que no permitan u obstaculicen la paz y el recogimiento que postula e implica toda experiencia religiosa auténtica. Llamar la atención sobre este requisito previo de la libertad necesaria para la peregrinación es bueno. Es más, urge ponerlo en práctica. Pero también ha de contar el peregrino con una preparación pastoral previa, remota y próxima. Sería importante que fuese precedida de una buena información y formación histórica-cultural, y sobre todo, catequética. Después vendrá el acompañamiento pastoral de la Iglesia a lo largo del “Camino”. Sus recursos humanos no son hoy abundantes, sobre todo, en lo que respecta a la asistencia pastoral de los sacerdotes. Otros medios menos espectaculares están a nuestra disposición. Yo siempre digo a nuestras hermanas de las comunidades contemplativas que ellas son las mejores peregrinas de la Iglesia, sin salir de la clausura. Su forma peculiar de peregrinación cristiana es la más fecunda para ellas y, a través de su oblación, para los peregrinos, especialmente los jóvenes. Y finalmente, la atención pastoral “en la meta” de la peregrinación es de enorme importancia. Encontrarse con una buena acogida humana y espiritual y con la posibilidad de la celebración de los Sacramentos, especialmente los de la Penitencia y de la Eucaristía, resulta vital para cosechar los frutos de una verdadera peregrinación cristiana.

Después de estas breves sugerencias sobre la prácticas y las posibilidades *pastorales* del camino creo conviene unas palabras sobre la responsabilidad pro-

pia de las instituciones civiles en relación con la peregrinación cristiana. Hay que pedirles que garanticen su libertad y que aseguren el que se puede ejercer el derecho a peregrinar cristianamente.

Un Nuevo Año Santo Jacobeo

Un Año Santo de nuevo en Santiago de Compostela. ¡Un reto de primera magnitud espiritual y apostólico para la Iglesia en España y sus pastores y, en primerísima línea, para la queridísima Archidiócesis Compostelana! La acumulación progresiva de ricas experiencias en la peregrinación a Santiago en estas últimas décadas, su desarrollo fulgurante y universal, sobre todo, de la peregrinación a pie, la apertura de nuevos caminos de Santiago, las posibilidades evangelizadoras a las que me he referido anteriormente, han convertido este Año Santo próximo en un asunto y además -vuelvo a repetir- en un reto de primera magnitud para la Iglesia. El Año Santo de 2004 nos ofrece a los Obispos españoles una oportunidad para promover a fondo lo que hemos querido y pretendido establecer como criterio fundamental de nuestra acción y trabajo pastoral en estos últimos años: “remar mar adentro”, usando la logradísima expresión evangélica de Juan Pablo II en su Carta “Novo Milenio Ineunte”, -“Al comenzar el nuevo milenio”-, en búsqueda del hombre contemporáneo para llevarlo al encuentro con Cristo.

Siempre a lo largo de la historia del cristianismo, y con especial gravedad en el S.XX, han cundido tentativas de vivir los cristiano desde su periferia, corriendo el peligro de olvidar su centro vital, “el corazón de lo cristiano”. A la hora de comenzar este tercer milenio los obispos españoles en el Plan Pastoral de la CEE proponemos a nuestras comunidades hagan la experiencia de mirar el rostro del Señor y de dejarse mirar por Él. El Año Santo que se avecina, se nos ofrece como un valiosísimo instrumento pastoral para ahondar en esa experiencia contemplativa, tan especial para cualquier proyecto de evangelización y renovación cristiana, especialmente entre los jóvenes. Santiago es “locus apostolicus”, el lugar de la Tumba del primer Apóstol que evangeliza a España. Echarse a andar por los caminos que llevan a él constituye una invitación permanente y una posibilidad excepcional para el encuentro con Cristo. Lo necesita España y lo necesita Europa, una Europa en la que se discuten -¡triste y lamentable!- sus raíces cristianas cuando se aborda la elaboración de la Carta Fundamental de la Unión Europea. Lo que está ocurriendo se desvela como un problema de identidad histórica, de querer o no querer reconocer lo que se ha sido y se sigue siendo en la buena y fundamental parte de la cultura europea. El Año 2004 se presenta como una oportunidad única para encontrarse

de verdad con las raíces cristianas de Europa, tan visibles en Santiago de Compostela. El Papa en su última visita a España, en el encuentro con los jóvenes en la Vigilia Mariana de “Cuatro Vientos” y, luego, en la Canonización de los cinco santos españoles, nos exhortaba con emotivas palabras a los católicos a aportar al futuro de Europa la savia católica de nuestra mejor tradición eclesial. La peregrinación juvenil europea del próximo agosto nos brinda una primera y providencial forma para ponerlo en práctica. ¡Quiera el Señor que los jóvenes españoles y europeos se encuentren en “el Camino de Santiago” el próximo e inminente Año Santo con su Rostro, el de Jesucristo Crucificado y Glorioso: con su Mirada que transforma las vidas de las personas y de los pueblos! Se los encomendamos al cuidado maternal de la Virgen del Pilar y a la intercesión poderosa del Patrono de España, el Apóstol Santiago.

¡Muchas gracias por escucharme!

† Antonio M^a Rouco Varela
Cardenal-Arzbispo de Madrid

EDUCAR PARA LA PAZ

Educación en “la verdad, la justicia, el amor y la libertad”

Alocución para Radio COPE
Madrid, 2 de enero de 2004

Mis queridos hermanos y amigos:

“Educar para la paz” ha sido el lema del Mensaje del Santo Padre para la tradicional Jornada de la Paz del primero de año que acaba de comenzar. Juan Pablo II ha querido volver, por un lado, a llamar la atención sobre el contenido de lo que fue su primer Mensaje para esta Jornada en su primer año de Pontificado, el 1 de enero de 1979; y ha querido, por otro, hacernos tomar conciencia de la urgencia especialmente grave y aguda de la necesidad de educar para la paz en un momento extraordinariamente complejo y delicado para el futuro de la paz del mundo como es el actual, en el que la humanidad necesita más que nunca reencontrar la vía de la concordia, al estar estremecida por egoísmos y odios, por afán de poder y “deseos de venganza”

El Papa recuerda cómo de la iniciativa de su predecesor Pablo VI al instaurar una Jornada Mundial de la Paz, haciéndola coincidir con el día primero del año civil, ha surgido a través de los Mensajes anuales pontificios dirigidos al mundo, primero por el propio Pablo VI y, luego, por él mismo, como “una ciencia” o “glosario de la paz”: “fácil de entender para quien tiene el ánimo bien dispuesto, pero al

mismo tiempo extremadamente exigente para toda persona sensible al provenir de la humanidad”. Esta doctrina pontificia sobre la paz gira en torno a unos postulados esenciales:

- “La Paz es posible. Y, si es posible, la paz es también una necesidad apremiante”.
- Las bases de la paz son: “la verdad, la justicia, el amor y la libertad”.
- Para conseguir la paz hay que apelar “a la fuerza del derecho”, no “al derecho de la fuerza”.

Los mejores esfuerzos históricos a favor de la paz, iluminados y alentados por la visión cristiana del hombre redimido y salvado por Aquél, cuyo nacimiento fue saludado por los Angeles con el más bello canto a la paz, que jamás hubiese escuchado oído humano -“Gloria a Dios en el cielo y paz en la tierra a los hombres que ama el Señor”-, y por cuya sangre derramada en la Cruz puso en paz todas las cosas del cielo y de la tierra, fueron trágica y brutalmente truncados en la Segunda Guerra Mundial. Usando del derecho a la fuerza implacable y ferozmente, se desató en toda la geografía del planeta durante seis terribles años “una espiral de violencia, destrucción y muerte como nunca se había conocido hasta entonces”. Ante aquella guerra y sus dolores indecibles se produjo una profunda reacción moral y religiosa en la conciencia de toda la humanidad que se tradujo en la aspiración de ¡nunca más la guerra! Un principio de ética humanista debería presidir en el futuro el destino de la familia humana y una nueva forma de organizarse jurídicamente: el del respeto inviolable a la dignidad de toda persona humana y de sus derechos fundamentales. La recién creada Organización de las Naciones Unidas sería su instrumento de realización a escala mundial. Los ecos del pensamiento filosófico y teológico cristiano impregnaron este nuevo capítulo de la historia de los empeños universales por la gran causa de la paz. Todos sabemos hasta dónde llegó el ideal que alumbró el nacimiento de las Naciones Unidas y hasta dónde se impulsó otra realidad muy distinta y distante: la de sus constantes incumplimientos y violaciones abiertas. La llamada “guerra fría”, los conflictos de carácter regional de los nuevos países descolonizados del Tercer Mundo, la permanente situación de guerra, solapada o abierta, en el Oriente Medio... etc. hablan de cuán lejos ha quedado lo realmente alcanzado en el camino de la paz de las expectativas y previsiones de la inmediata postguerra. “La funesta plaga del terrorismo”; en frase de Juan Pablo II, vendría luego a ensombrecer aún más el panorama actual de la paz en el mundo globalizado de nuestros días.

El Papa reclama, por ello, una reforma de los organismos internacionales capaz de responder a estos nuevos peligros para la paz del mundo de los que son protagonistas no ya principalmente los Estados sino grupos internacionales, que él describe como entes derivados de la disgregación de los Estados mismos, o vinculados a reivindicaciones independentistas, o bien relacionados con aguerridas organizaciones criminales: Estas novísimas y siniestras amenazas precisan no sólo de la respuesta interna de los Estados y de la aplicación judicial y policial de un justo ordenamiento jurídico, sino también de un decidido desarrollo del derecho internacional de los órganos de las Naciones Unidas que permitan y posibiliten eficazmente la prevención, y, en su caso, la sanción de los atentados y crímenes terroristas. Sin olvidar, por supuesto, las medidas de carácter político y pedagógico, dirigidas a mejorar la situación de los derechos humanos -los civiles, sociales, económicos y culturales- en los países más atribulados y pobres del planeta. En una palabra, se requiere un decidido y vigoroso impulso de educación de las personas y los pueblos en “la verdad, la justicia, el amor y la libertad”. El Papa no vacila en alertar de que “por sí sola la justicia no basta. Más aún pueda llegar a negarse a sí misma, si no se abre a la fuerza más profunda que es el amor”. No lo dudemos: “sólo una humanidad en la que reine ‘la civilización del amor’ podrá gozar de una paz auténtica y duradera”.

“OMNIA VINCIT AMOR”: Todo lo vence el amor. Aquí se encuentra el lugar propio y la aportación insustituible de los cristianos en la promoción de la gran causa de la paz, iniciando ya el Tercer Milenio de la historia después de Cristo, “el Príncipe de la Paz”.

¿Cómo no? Confiemos el don de la paz, con la oración humilde y perseverante, a la Santísima Virgen María, Madre de Dios, de Dios que “es el amor”, la que nos ha traído con su Hijo, el don irreversible de la paz.

Con los deseos de un nuevo año, Año Santo en Santiago de Compostela, lleno de frutos de paz y de bien para todos los madrileños, y mi bendición,

† Antonio M^a Rouco Varela
Cardenal-Arzbispo de Madrid

«MIRAD A MI SIERVO, A QUIEN SOSTENGO»

Homilía en la clausura del Año Jubilar 2003

Caravaca de la Cruz (Murcia), 11 de Enero de 2004
(Is. 42,1-4.6-7;Hch. 10,34-38; Lc. 3,15-1621-22)

Mis queridos hermanos y hermanas en el Señor:

DAR GRACIAS A DIOS POR EL AÑO JUBILAR DE LA SANTÍSIMA Y VERA CRUZ DE CARAVACA: CIENTOS DE MILES DE PEREGRINOS HAN EXPERIMENTADO COMO DIOS LES HA AMADO SIN MEDIDA A TRAVES DE CRISTO.

La clausura de este año Jubilar en honor de la Santísima y Vera Cruz de Caravaca nos llena de gozo y nos permite dar gracias a Dios, porque en la cruz de Cristo ha brillado para siempre salvación de los hombres, sean de la nación que sean. A la hora de amar, Dios no hace distinciones, y en Jesucristo, su Ungido, nos ha manifestado su amor sin medida. Así lo han experimentado los cientos de miles de peregrinos que han acudido a este santo lugar para pedir favores, agradecer dones y, en último término, para dar gracias a Dios porque en la cruz de Cristo se nos ha revelado toda la profundidad del amor de Dios.

La solemnidad de este día, el Bautismo del Señor, con la que se cierra el tiempo de Navidad, nos permite profundizar en el misterio de la cruz, que se apunta ya en el Bautismo de Cristo. Colocándose junto a los pecadores, siendo Él el Justo sin pecado, quiso asemejarse a los hombres para atraerlos hacia sí y poderlos bautizar con un bautismo mayor: con Espíritu y con fuego. Fue precisamente en la cruz, cuando del costado abierto de Cristo brotó el agua del Espíritu, que nos purificaría para siempre. En Pentecostés, el mismo Espíritu vino como fuego cumpliéndose así la promesa de Cristo: «He venido a arrojar fuego sobre la tierra y ¡cuánto desearía que ya hubiera prendido!» (Lc 12,49). Gracias a la muerte de Cristo en la cruz y a su gloriosa resurrección, los cristianos hemos sido bautizados con Espíritu Santo y con fuego y podemos decir, como Pedro en la segunda lectura, que el Señor ha pasado por nuestra vida «haciendo el bien y curando a los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con Él» (Hch 10,38).

Sí, hermanos, Jesucristo es el Hijo de Dios, «el amado, el predilecto» (Lc 3,22), que aparece con el humilde título de Siervo a quien el Padre sostiene bien levantado en el árbol de la cruz. Dios mismo nos dice: «Mirad a mi siervo a quien sostengo» (Is 42,1). Muchos artistas se han inspirado en esta frase para representar al Padre eterno sosteniendo con sus manos al Hijo clavado en la cruz. Miradlo bien, hermanos y comprenderéis por qué la cruz es luz y consuelo, paz y certeza de perdón y de vida. Mirad a Cristo crucificado y experimentaréis la firme y suave llamada de Cristo que os dice: «Venid a mí, los que estáis cansados y agobiados que yo os aliviaré» (Mt 11,28). Desde el buen ladrón, que entró con Cristo en el paraíso el mismo día de su muerte, muchos se han acercado a la cruz del salvador como puerta segura de la vida, donde ningún pecador arrepentido ha encontrado rechazo ni condenación.

El profeta Isaías, en su cántico del Siervo ungido por el espíritu de Dios, fiel retrato de Cristo, nos lo presenta ejerciendo la misericordia. Cristo no viene a quebrar la caña cascada ni a apagar el pábilo vacilante. En Él, Dios realiza la alianza con todas las naciones. La luz, que hemos visto brillar estos días en el misterio de la Navidad y de la Epifanía, se hace ahora más patente al saber que el Hijo de Dios viene a abrir los ojos de los ciegos, a sacar a los cautivos de la prisión y de las mazmorras a los que habitan en las tinieblas. Todas estas imágenes, hermanos, nos hablan de una realidad que va más allá del tenor literal de las palabras. Nos hablan de la salvación definitiva del hombre, cuyo pecado ha sido perdonado y saldado en la cruz, y cuya muerte -fruto del pecado- ha sido vencida por Cristo, que quiso tomarla sobre sí. Por eso la cruz es árbol de vida, fuente inagotable de gracia,

manantial de consuelo y esperanza. El hombre no debe desesperar de su salvación; no es un condenado a la muerte. Basta que se acerque a Cristo, que lo mire con fe y que confiese que es su Dios y Señor. Así lo dice san Pablo: «si confiesas con tu boca que Jesús es el Señor y crees en tu corazón que Dios le resucitó de entre los muertos, serás salvo» (Rom 10,9).

CONFESAR LA CRUZ DE CRISTO, DEJARSE AMAR POR EL: CAMINO PARA EL REENCUENTRO SALVADOR DEL HOMBRE.

Confesar que Jesús es mi Señor es afirmar que me ha comprado con la sangre de su cruz, que me ha redimido y rescatado con su propio sacrificio. Ahí está la prueba del amor: en haber dado la vida por mí. El señorío de Cristo no se nos impone por la fuerza, como hacen con frecuencia los grandes de la tierra. Su señorío viene revestido de servicio, como hizo con los apóstoles en la última cena al lavarles los pies. Cristo nos sirve lavando nuestros pecados, haciéndonos nuevas criaturas, elevándonos a la dignidad de hijos. Nos ha seducido y conquistado por el amor. El hombre sólo debe dejarse amar. ¡Qué bien nos lo ha dicho Juan Pablo II en su encíclica programática de su pontificado al desentrañarnos el misterio del evangelio y la fuerza de la cruz! «El hombre que quiere comprenderse hasta el fondo a sí mismo... -dice el Papa- debe, con su inquietud, incertidumbre e incluso con su debilidad y pecaminosidad, con su vida y con su muerte, acercarse a Cristo. Debe, por decirlo así, entrar en El con todo su ser, debe «apropiarse» y asimilar toda la realidad de la Encarnación y de la Redención para encontrarse a sí mismo. Si se realiza en él este hondo proceso, entonces él da frutos no sólo de adoración a Dios, sino también de profunda maravilla de sí mismo. ¡Qué valor debe tener el hombre a los ojos del Creador, si ha «merecido tener tan grande Redentor», si Dios ha dado a su Hijo, a fin de que él, el hombre, «no muera sino que tenga la vida eterna»! En realidad, ese profundo estupor respecto al valor y a la dignidad del hombre se llama Evangelio, es decir, Buena Nueva. Se llama también cristianismo»¹.

Este es el admirable estupor de la cruz, el que sobrecogió al centurión que confesó su fe en Cristo y a tantos hombres y mujeres que volvieron a Jerusalén dándose golpes de pecho. Es el estupor que produce el amor, al contemplar, que «nadie tiene mayor amor que el que da su vida por sus amigos» (Jn 15,13). Ante este misterio sobrecogedor, que san Pablo llama *misterio de piedad*, ¿quién per-

¹ Juan Pablo II, *Redemptor Hominis*, 10.

manecerá cerrado en sí mismo, en su pecado y en su muerte? ¿quién no se abrirá a la misericordia entrañable del Padre que nos envió a su Hijo como propiciación? ¿quién no responderá a la invitación del Hijo: venid a mi?

PROCLAMAR EL EVANGELIO DE LA PAZ QUE NACE DE LA CRUZ: FRUTO Y COMPROMISO DEL AÑO JUBILAR DE CARAVACA

El mundo de hoy vive, como sabéis, momentos dramáticos, que se caracterizan por signos y señales de muerte. La paz rota y amenazada en muchos lugares; los derechos del hombre conculcados gravemente; enormes sufrimientos de inocentes: niños, emigrantes, mujeres vejadas; tramas de pecado respaldadas por poderes económicos, políticos y culturales. El Papa nos ha dicho que «el hombre y la humanidad están amenazados»². En este mundo dramático, la cruz es el signo de la paz y de la reconciliación. Es el signo del perdón y de la vida, es el lugar donde Dios ha dado su respuesta a los problemas del hombre. Acoger la cruz es abrirse al misterio del amor de Dios que nos hace hermanos unos de otros y edificar la civilización del amor. La cruz es el signo universal del amor de Dios a los hombres que «envió su palabra a los israelitas, anunciando la paz que traería Jesucristo, el Señor de todos» (Hch 10,36).

Al concluir este año jubilar, los cristianos estamos obligados -con la gratitud del amor- a proclamar a todos los hombres el evangelio de la paz que nace de la cruz. No nos avergoncemos, queridos hermanos, de la cruz de Cristo como aquellos de la ciudad de Filipos que, al decir de Pablo, andaban como «enemigos de la cruz de Cristo» (Flp 3,18). Avergonzarse de la cruz es menospreciar el amor, y privar al cristianismo y a las sociedades y culturas edificadas sobre él del núcleo vital que les da sentido y futuro. Es avergonzarse de Cristo que ha dado la vida por los hombres. La historia del culto a la Santísima y Vera Cruz de Caravaca desde el milagro de la Aparición durante la misa de Chirinos en el año 1232 hasta la concesión del Jubileo perpetuo en 1998 por Juan Pablo II muestra como desde estas tierras del antiguo Reino de Murcia se ha difundido a toda España y a la América hermana “el buen aroma de Cristo”, sin cobardías y con amor. Por ello, la veneración que en este santuario se da a la Santísima y Vera Cruz de Caravaca debe traducirse, además, en obras de caridad y de justicia, es decir, en auténtico apostolado católico que haga de los cristianos testigos veraces y creíbles del evangelio de Cristo. Como dice san Juan en su primera carta: «En esto hemos conocido lo que es

² Juan Pablo II, *Dominum et Vivificantem*, 65.

amor: en que él dio su vida por nosotros. También nosotros debemos dar la vida por los hermanos» (1Jn 3,16). Nosotros hemos conocido el amor por revelación de Dios; lo hemos visto patente en Cristo. No podemos callar lo que hemos visto y experimentado; y debemos proclamarlo con la palabra y con la vida. Para que así brille en nuestra vida el esplendor glorioso de la cruz de nuestro Señor Jesucristo. Como nos lo enseñó el primer Apóstol evangelizador de España, Santiago el Mayor. A la Orden que lleva su título fue encomendada la fortaleza y custodia de la Cruz de Caravaca a lo largo de casi cinco siglos y medio.

Que María, la Madre de Cristo y Madre nuestra, testigo fuerte y fiel al pie de la cruz, nos conceda la gracia de no avergonzarnos nunca de Cristo crucificado y de permanecer siempre junto a la cruz de tantos hermanos nuestros que experimentan el dolor, la soledad y el desamparo. Amén.

UNA NUEVA LLAMADA A LA CONVERSIÓN EN EL CAMPO ECUMÉNICO

En el octavario de oración por la unidad de los cristianos-2004

Alocución para Radio COPE
Madrid, 16 de enero de 2004

Mis queridos hermanos y amigos:

De nuevo la Iglesia se reúne en oración junto con hermanos de otras iglesias y comunidades eclesiales al acercarse la Fiesta de la Conversión de San Pablo, pidiendo la unidad de los cristianos querida y suplicada ardientemente por Jesús al Padre: “Te pido que todos sean uno. Padre, lo mismo que tú estás en mí y yo en ti, que también ellos estén unidos a nosotros; de este modo, el mundo podrá creer que tú me has enviado” (Jn 17,21).

La urgencia de la unidad visible, deseada y mandada por el Señor para su Iglesia, adquiere en la Europa que camina a fórmulas de unidad política cada vez más plena, cuantitativamente y cualitativamente vista, una gravedad singular. En la Exhortación Postsinodal “Ecclesia in Europa”, Juan Pablo II haciéndose eco de las reflexiones de los Obispos europeos en la segunda Asamblea especial del Sínodo, nos planteaba con toda crudeza la necesidad de “una conversión en el campo ecu-

ménico”, para que sea más creíble la evangelización y la contribución de los cristianos a la unidad de Europa. Y precisaba cómo debe de entenderse y de realizarse esta llamada a un nuevo empeño y compromiso eclesial en el camino ecuménico, emprendido sobre todo después del Concilio Vaticano II: “como un ir juntos hacia Cristo” (Ec Eu, 30). Europa ha sido el campo cultural y espiritual donde se han sembrado las semillas más graves de las discordias y de las rupturas de la unidad de la Iglesia en el segundo milenio de la era cristiana, en gran medida porque se había perdido o debilitado la mirada hacia Cristo, el Cabeza y Señor de la Iglesia, el Salvador. Europa -todas las Iglesias y las comunidades eclesiales en Europa- tienen, por ello, hoy, la intransferible responsabilidad de ir por delante en la recuperación de la plena unidad perdida. ¿Y cómo? Volviendo a dirigir la mirada interior y exterior de sus hijos y de sus hijas a Jesucristo, el Redentor del hombre. Lo que equivale a proponerles como objetivo inexcusable y alcanzable “la búsqueda apasionada de la Verdad” y a animarles a seguirla sin desmayo, con esperanza. Con la esperanza puesta en un renovado encuentro con Él y con su Evangelio. Toda vacilación o recorte en la plena profesión de Fe en el Señor Jesús y todo debilitamiento en la experiencia viva del amor a Él en la vida sacramental y en la conciencia personal y comunitaria de los cristianos minan por dentro toda ilusión y acción ecuménicas. Y, por el contrario, todo renovado descubrimiento de su Misterio salvador los conduce a encontrarse de nuevo plenamente unidos en la riqueza total e íntegra de los dones institucionales y carismáticos con los que el Señor ha dotado a su Iglesia dentro de la comunión visible e invisible, animada por su Espíritu, de la cual Él es la Cabeza.

En la vuelta de la fe, de la esperanza y de la caridad de los cristianos a la plenitud del Misterio de Cristo se encuentra el nervio espiritual y pastoralmente verdadero de una auténtica “conversión en el campo ecuménico” como la pide el Papa y como nos la exigen a los cristianos europeos “los signos de los tiempos”. ¿Es que no está esperando una multitud cada vez más numerosa de conciudadanos nuestros en toda la geografía europea que alguien les anuncie verazmente el mensaje de la Esperanza? ¿Y dónde se encuentra éste sino en Nuestro Señor Jesucristo, el vencedor del pecado y de la muerte, el Señor de la Gloria? ¿Y no consiste en el anuncio completo de su Evangelio? Europa espera de la Iglesia y de todos los cristianos el testimonio auténtico -el ofrecido en comunión, en la comunión del amor de Cristo- del Evangelio de la Esperanza. Es por aquí, por la sincera toma de conciencia de nuestras gravísimas responsabilidades evangelizadoras, por donde se abrirán más y más las puertas de la anhelada unidad para todos los cristianos en Europa. Y, sin duda alguna, en todo el mundo.

Hay que continuar pues “con determinación el diálogo” entablado entre nosotros, los cristianos y las Iglesias y Comunidades eclesiales de Europa, en los distintos campos de los intercambios ecuménicos a lo largo de las últimas décadas del siglo XX. Hay que hacerlo sin rendirse ante dificultades y cansancios. “¡No podemos detenernos ni volver atrás”, “porque la estima recíproca, la búsqueda de la verdad, la colaboración en la caridad y, sobre todo, el ecumenismo de la santidad, con la ayuda de Dios, no dejarán de producir sus frutos” (Cfr. EccEu 31).

¡Quiera la Virgen Santísima, nuestra Madre, la Madre de la Iglesia, Virgen de La Almudena, acompañarnos y ayudarnos con su intercesión y cercanía maternal para que sepamos vivir en Madrid esa necesidad de “la conversión en el campo ecuménico” que nos pide el Papa! Con una especial sensibilidad y delicadeza fraterna para con los hermanos de las Iglesias ortodoxas que han venido hasta nosotros buscando nuevos horizontes para sus vidas y la de sus familias, provenientes del centro, este y sur de Europa. El itinerario sinodal, elegido por la Iglesia en Madrid para transmitir con nueva frescura la fe en Jesucristo, va en la buena dirección ecuménica, en la que debe alumbrar también la esperanza.

Con todo afecto y mi bendición,

† Antonio M^a Rouco Varela
Cardenal-Arzbispo de Madrid

CARTAA TODOS LOS NIÑOS DE MADRID
CON MOTIVO DE LA JORNADA
DE LA INFANCIA MISIONERA

“Tú también eres misionero”

25 de enero de 2004

Mis queridos niños y niñas:

Otra vez estáis de vuelta al colegio, pero seguro que en esta ocasión, después de las bonitas vacaciones de Navidad, en las que todos hemos celebrado con mucha alegría el Nacimiento de Jesús, nuestro Salvador, no os cuesta ningún trabajo. Sin duda os la habéis pasado muy bien, habéis comido muchos dulces y los Reyes os han traído muchos regalos, pero sobre todo habéis estado con vuestros padres y hermanos, con los abuelos y toda la familia, muy unidos unos con otros, y ese amor entre todos es el mejor de los regalos porque es la señal inequívoca de que Jesús está en medio de nosotros. Por eso estamos contentos, y es algo estupendo poder ir al colegio, estar en casa y hacer todas las cosas. Con Jesús en medio de nosotros, más aún, dentro de nosotros, la vida entera es distinta. Incluso cuando las cosas no van bien, y hay sufrimientos y dificultades, la certeza de que Jesús está con nosotros y nunca nos abandona nos da fuerzas y esperanza, y hace posible que siempre tengamos paz y alegría verdadera en el corazón. Esto es, sobre todo, lo que quiero deciros con esta carta que os escribo, como en años anteriores,

al acercarse la Jornada de la Infancia Misionera, que vamos a celebrar el domingo 25 de este mes de enero, para deseáros de todo corazón, a vosotros y a vuestras familias, esa paz y esa alegría que Jesús nos ha traído a la tierra, y un Año Nuevo 2004 lleno de sus bendiciones.

La Jornada de la Infancia Misionera, llamada también de la Santa Infancia, fue instituida hace ahora 161 años, y nació para recordaros a todos los niños y niñas que habéis tenido el don inmerso de conocer y amar a Jesús, que sois verdaderos misioneros y misioneras. “Tú también eres misionero” es, precisamente, el lema elegido para este año 2004. Ya el día en que fuisteis “sembradores de estrellas”, en vísperas de la Nochebuena, habéis tenido la oportunidad de ser auténticos misioneros, de anunciar por las calles de Madrid que este Jesús, que hemos acogido y adorado recién nacido como Niño de todos y para todos, es en verdad el Salvador del Mundo. Y también habéis sido misioneros poniendo el belén en vuestra casa, y siempre que habéis ido ante él encendiendo luces de colores y rezando o cantando villancicos, y sobre todo cuando habéis asistido, con vuestros padres y hermanos, a la Santa Misa de Navidad, y siempre que participáis en la Eucaristía, donde recibís a Jesús, todos los que habéis hecho ya la Primera Comunión, para acogerlo en vuestro corazón y para comunicarlo a los demás, proclamando en todo momento y en todas partes que Jesús está con nosotros, y que está para darnos vida, la vida verdadera que no acaba nunca, ¡la vida eterna!

Todos los hombres necesitan a Jesús, y quienes ya estamos unidos con Él tenemos que entregárselo. Esto es ser misionero. Y entregamos a Jesús hablando de Él a todos y acercándoles adonde Él está personalmente, a los sacramentos de la Iglesia, al maravilloso de la Confesión, donde nos perdona los pecados dándonos el abrazo de su misericordia infinita, y sobre todo a la Eucaristía. Sabed, queridos niños y más, que entregamos a Jesús cuando amamos como Él nos ama, a todos sin distinción, cuando nos acercamos y ayudamos a tantos niños y niñas que aquí mismo, en Madrid, no tienen lo que vosotros tenéis; algunos de ellos han venido de países lejanos, con sus padres y a todos ellos tenemos que acogerlos con mucho cariño. En el amor a todos, pequeños y mayores, especialmente a los más necesitados, está la prueba más clara de la presencia de Jesús entre nosotros. Él mismo nos lo ha dicho: “Todo lo que hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis” (Mt 25,45).

Cuando seáis más mayores, seguro que algunos de vosotros sentiréis la llamada de Jesús para ser misioneros en tierras lejanas, pero debéis recordar que

ya, ahora mismo, estáis siendo misioneros aquí, en vuestra casa, en el colegio, con vuestros amigos, en todas partes. Sin salir de Madrid, hay muchas personas que todavía no conocen a Jesús, o se han alejado de Él, ¿cómo podrán conocerlo, o volverlo a encontrar, si nadie se lo muestra? No hace falta que esperéis a ser mayores ni a marchar a países lejanos para ser misioneros. ¿Verdad que vais a serlo ya, ahora?

Y no os olvidéis de algo que todos hemos de hacer siempre, y que es un modo maravilloso de ser misioneros: la oración. Debéis rezar mucho, en primer lugar, para estar todos vosotros muy unidos a Jesús, y para que, a través de la oración, estéis muy unidos también con todos los misioneros que están en países lejanos, pidiendo y ofreciendo algún sacrificio por ello, para que nunca les falte la fuerza y la alegría de anunciar el Evangelio de Jesús, y pidiendo por todos los niños y mayores a los que han de acercar a Jesús, para que todos le conozcan y le amen cada día más. Con vuestra oración y vuestro sacrificio, también estáis siendo de algún modo misioneros en todos esos lugares lejanos. Especialmente el próximo día 25, el domingo en que celebramos este año la Jornada de la Infancia Misionera, todos tenemos que rezar mucho por las misiones en todo el mundo. Ya desde ahora debemos prepararnos para vivir muy bien este día tan importante para todos los niños del mundo.

Antes de despedirme, quiero recordaros que nadie mejor que la Virgen María os enseña y os ayuda a ser misioneros. Ella es la primera Misionera, porque es la Madre que nos ha dado a Jesús. Vamos a pedirle a Ella, a la que llamamos, como Patrona de todos los madrileños, Santa María de la Almudena, que todos sus hijos, los niños y también los mayores, sepamos ser siempre verdaderos misioneros.

Con un beso para todos, recibid mi bendición,

† Antonio M^a Rouco Varela
Cardenal-Arzbispo de Madrid

LA SUPREMACÍA ABSOLUTA DE DIOS

La aportación específica de la vida consagrada a la Iglesia en Europa

Alocución para Radio COPE
Madrid, 31 de enero de 2004

Mis queridos hermanos y amigos:

La Fiesta de la Presentación del Señor en el Templo viene siendo celebrada entre nosotros como una jornada muy adecuada para recordar y agradecer el valiosísimo servicio que presta a la Iglesia la vida consagrada. Desde los primeros siglos de la implantación y crecimiento de las primeras comunidades cristianas hasta el presente, no han dejado de multiplicarse en la Iglesia los más ricos y variados modelos de vida consagrada. Siglos aquellos envueltos en la persecución y fecundos por el martirio de tantos de sus hijos e hijas a lo largo y a lo ancho de todos los confines del Imperio Romano. San Antonio Abad es uno de los exponentes más eximios de esos cristianos de los primeros siglos que aportaban a la siembra y al crecimiento de la semilla evangélica, regada por la sangre de los mártires, el testimonio heroico de una vida de seguimiento del Señor, interpretada y amada como una ofrenda diaria de todo lo que el hombre es y posee de más valioso: los bienes de la tierra, el amor humano, la libertad...; es decir, como una ofrenda de amor indivisible, semejante en su raíz y fin a la oblación de los mártires. No hay duda, la

vida consagrada, como tan bellamente enseña el Concilio Vaticano II, es inseparable del Misterio de la Iglesia y pertenece “inquebrantablemente a su vida y santidad” (LG 44).

A la Iglesia le va mucho en el florecimiento y el vigor espiritual y apostólico de la vida consagrada. Sin cristianos consagrados, entregados por entero “al servicio de Dios, amándole por encima de todo”, “destinados al servicio y al honor de Dios” por medio de los votos -o de otros compromisos sagrados parecidos- de pobreza, castidad y obediencia, le faltará el modo más vivamente expresivo del vínculo indisoluble que la une a Cristo, su Esposo, y de este modo se verá privada del instrumento más precioso para vivir fielmente la perfección de la caridad, o lo que es lo mismo, el amor de Cristo virgen, pobre y obediente que se desborda en su Cruz Gloriosa para la salvación del hombre y del mundo.

No puede, por ello, sorprender la grave llamada de atención del Papa acerca de “la preocupante escasez de seminaristas y de aspirantes a la vida religiosa sobre todo en Europa Occidental” que nos ha hecho llegar a través de la Exhortación Postsinodal “Ecclesia in Europa” (n. 39). Es evidente que el anuncio, la celebración y el servicio del Evangelio de la Esperanza, no podrán desarrollar toda su eficacia evangelizadora en la sociedad europea, y, sobre todo, entre sus jóvenes generaciones, sin un nuevo renacimiento de la vocación y el testimonio de vida consagrada por el Reino de los Cielos. El examen de conciencia se nos impone pues a todos, a pastores y fieles, y naturalmente, de un modo específico e insustituible, a las propias familias religiosas e institutos seculares. La situación europea -de su cultura, de su conciencia moral y espiritual colectiva, de las corrientes intelectuales dominantes, etc.- nos pueden ayudar a discernir cuál es el itinerario personal y comunitario que hemos de seguir en esta toma de conciencia eclesial a la luz de los signos de la voluntad de Dios. La citada Exhortación Postsinodal habla abiertamente de “un contexto contaminado por el laicismo y subyugado por el consumismo”, por una parte, pero, también, de “una demanda de nuevas formas de espiritualidad”, por otra, como aspectos “que caracterizan la actual fisonomía cultural y social de Europa”. Y extrae la siguiente conclusión: la respuesta que emerge de “los signos de los tiempos” se ha de encontrar “en el reconocimiento de la supremacía absoluta de Dios, que los consagrados viven con su entrega total y con la conversión permanente de una existencia ofrecida como auténtico culto espiritual”. Porque de ahí se seguirán necesariamente la capacidad para vivir y mostrar la fraternidad evangélica como el estilo nuevo de convivencia y de relaciones interpersonales en la Iglesia y en la sociedad, marcadas por el amor que sana y rejuvenece toda comunidad hu-

mana, la atención y el cuidado desinteresado y sacrificado de los más necesitados y la obra de evangelización entre nosotros y en otros Continentes. ¡Sólo Dios es el Creador y el Salvador del hombre!

¿No nos será pues muy urgente acudir de nuevo al “Templo” para encontrarnos con María que va a presentar al Señor a Jesús, su Hijo, de acuerdo con lo escrito en la ley del Señor: “todo primogénito varón será consagrado al Señor y para entregar la oblación como dice la ley del Señor...” (Lc 2, 22-24)? ¿No nos apremiará el impulso de unirnos a ella en la afirmación inequívoca, de mente y de corazón, de la primacía de la voluntad salvífica del Señor? Y todo ello, haciéndolo sin miedo a la espada que nos podrá también a nosotros traspasar el alma como le ocurrió a Ella (cfr. Lc 2, 35). Sólo desde esa actitud oblativa, compartida con María, será posible ambicionar los carismas mejores y, sobre todo, el carisma por excelencia, el que no pasa nunca: el amor. Porque como nos dice provocativamente San Pablo: “Podría repartir en limosnas todo lo que tengo y aún dejarme quemar vivo: si no tengo amor de nada me sirve” (1 Cor 13, 3).

A la Virgen Santísima de La Almudena le pedimos con fervor y esperanza que acertemos con Ella en la apertura de ese camino de renovación de la vida consagrada y de la nueva evangelización de Europa tan antiguo y tan nuevo: el de “los consejos evangélicos” vividos como una consagración incondicional a Dios Padre, con Jesucristo, en la fuerza transformadora del Espíritu Santo. No lo olvidemos: ¡“Solo Dios basta”!

“Seducidos por Jesús” serán posibles el amor y, con el amor, una nueva era de justicia y de paz.

Con todo afecto y mi bendición,

† Antonio M^a Rouco Varela
Cardenal-Arzbispo de Madrid

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

NOMBRAMIENTOS

TRIBUNAL ECLESIAÍSTICO:

Patrono estable del Tribunal Eclesiástico Metropolitano: M.I.S. D. Celedonio Gutiérrez Maroto, “ad nutum Episcopi” (14-01-2004).

PÁRROCOS:

De Nuestra Sra. de la Soledad: D. Ladislao Luna Rodríguez Rey (13-01-2004).

De San Pedro Regalado: P. Juan José Infantes Barroso, O.H. (13-01-2004).

ADMINISTRADOR PARROQUIAL:

De Santa María del Camino: D. José Luis Gurpegui Muñoz (7-1-2004).

ADSCRITO:

A San José Obrero: D. Luis Ramón Arrasco Lucero (23-12-2003).

A Asunción de Nuestra Señora de Alpedrete: D. Miguel Antonio Iturgoyen Magallón, diácono permanente (13-01-2004).

OTROS OFICIOS:

Secretario del Cabildo Catedral de Madrid: M. I. S. D. Jesús Junquera Prats (15-01-2004).

Capellán de la Residencia de Ancianos de las Hermanitas de Ancianos Desamparados, de Aravaca: D. José María González Pardo “ad nutum Episcopi”(13-01-2004).

Colaborador de Ntra. Sra. de la Estrella: D.Luis Hernández Martín (13-1-2004).

Director del Instituto Superior de Ciencias Religiosas “San Dámaso”: Dr. D. Manuel del Campo Guilarte (27-1-2004)

Asistente Eclesiástico de la Asociación Eucarística del Oratorio Caballero de Gracia: D. José María Sanabria Martín (27-1-2004).

Coordinador de Misiones de la Vicaría V-Sur: Hna. Dolores Gómez Ortiz, M.C.J. (27-1-2004).

DISTINCIONES PONTIFICIAS

PRELADOS DE HONOR DE SU SANTIDAD

Mons. Manuel María Gutiérrez Álvarez-Ossorio.

Mons. Francisco Ruis Redondo.

CRUZ PRO ECCLESIA ET PONTIFICE

D. Juan Bautista Ripollés Sanz.

D. Jesús Rodríguez del Palacio.

D^a. Josefa Rodríguez del Palacio.

D^a. Emilia Colmenarejo Marcos.

DEFUNCIONES

- El día 4 de enero de 2004, el Rvdo. Sr. D. FRANCISCO ADAME GAMERO, sacerdote diocesano de Sevilla. Nació en Fuente Palmera (Córdoba), el 27 de mayo de 1940 y fue ordenado el 31 de julio de 1965. Fue Capellán de la Cruz Roja, desde 25-10-1974 a 1-7-1998, fecha de su jubilación por enfermedad.

- El día 5 de enero de 2004, D. ÁNGEL MARTÍN MARTÍN, hermano de D. Macario Martín, que fue empleado del Arzobispado durante más de 30 años y tío de D. Jesús Martín, empleado del Arzobispado.

- El día 6 de enero de 2004, D^a PURIFICACIÓN PÉREZ OSORO, a los 94 años de edad, madre del sacerdote D. Vicente Vindel Pérez, párroco de San Bonifacio y Profesor de San Dámaso.

- El día 10 de enero de 2004, el Rvdo. Sr. D. FRANCISCO JAVIER PÉREZ TEJERIZO, sacerdote diocesano de Madrid. Nació en Orbita (Ávila), el 6 de julio de 1943. Ordenado en Comillas, el 26-marzo-1967. Fue Ecónomo de Alameda del Valle y Encargado de Pinilla del Valle (4-9-1967 a 5-9-1969), Coadjutor de Concepción de Ntra. Señora (5-9-1969 a 26-1-1973), Coadjutor de San Juan Nepomuceno (26-1-1973 a 1-8-1978), marchó a Friburgo (Brasil), donde permaneció desde 1982 a 1985, Coadjutor de San Ignacio de Loyola (27-9-1985 a 25-9-1991). El año 1991, hizo un curso de actualización teológica en Salamanca. Desde noviembre de 1997 estaba jubilado por enfermedad.

- El día 12 de enero de 2004, D. JOAQUÍN JUÁREZ GARCÍA-GASCO, hermano de D. Tomás Juárez, Vicario Episcopal para Asuntos Económicos y Ecónomo Diocesano.

- El día 16 de enero de 2004, el R. P. SANTIAGO MARTÍN CRIADO, Salesiano. Nació el 10 de marzo de 1932 y fue ordenado el 24 de junio de 1960. Desde el 6 de septiembre de 1997 fue Vicario parroquial de San Juan Bosco.

- El día 19 de enero de 2004, D^a ELOISA MOZO CALVO, a los 84 años de edad, madre del sacerdote D. Heliodoro García Mozo, párroco de San Rafael Arcángel, de Madrid.

- El día 21 de enero de 2004, D^a FELISA ZUÑIGA, a los 94 años de edad, madre del sacerdote D. Alfredo Sancho Zúñiga.

- El día 21 de enero de 2004, D. JUAN VILLALVILLA SANTOS, a los 78 años de edad, hermano del sacerdote D. Luis Villalvilla, párroco de San Pedro Advíncula.

- El día 23 de enero de 2004, el Rvdo. Sr. D. LUIS SANTAMARÍA DÍEZ, sacerdote diocesano de Madrid. Nació en Medina de Rioseco (Valladolid), el 28 de julio de 1921. Ordenado en Madrid el 20 de junio de 1959. De 5-10-1959 a 1960 fue coadjutor de San Rafael Arcángel de Peñagrande. Marchó como misionero a Brasil de 1960 a 1964. A su regreso fue coadjutor de San Emilio. En noviembre de 1984 se el concedió la Invalidez Permanente.

- El día 26 de enero de 2004, D^a FELICITAS GUANTES HERRERO, madre del sacerdote diocesano D. Adolfo Lafuente Guantes.

Que así como han compartido ya la muerte de Jesucristo, compartan también con Él la Gloria de la resurrección.

ACTIVIDADES DEL SR. CARDENAL ENERO 2004

Día 1: Misa de la Jornada Mundial de la Paz.

Día 6: Misa de la Epifanía.

Día 7: Consejo Episcopal.

Días 8-9: Roma.

Días 10-11: Clausura del Año Jubilar de Caravaca de la Cruz, en Murcia.

Día 12: Comienza la Visita pastoral a la Vicaría II, en la parroquia de la Encarnación del Señor.

Día 13: Consejo Episcopal.

Días 13-14: Encuentro con Obispos portugueses. Organizado por la CEE.

Día 15: Comité Ejecutivo de la CEE.

Misa con miembros del Tribunal Eclesiástico de la Archidiócesis, en la fiesta de San Raimundo de Peñafort.

Día 17: Viaje a Orense. Inauguración del II centenario del Seminario.

Día 18: Misa en la parroquia de Pueblo Nuevo (La Concepción) en el centenario de la parroquia.

Días 19 al 23: Ejercicios Espirituales.

Días 24 al 26: Viaje a Aquisgrán.

Día 26: Misa en las Carboneras, en el XVº de la muerte de la Madre Fundadora.

Día 27: Consejo Episcopal.

Día 28: Festividad de Santo Tomás de Aquino en la Facultad de Teología San Dámaso.

Visita pastoral a la parroquia del Santísimo Cristo de la Salud.

Día 29: Imposición de una condecoración a un antiguo director del Colegio parroquial de Moratalaz (Vicaría III).

Día 30: Misa en la parroquia de San Juan Bosco.

Día 31: Misa con el grupo de amigos de Villalba en la parroquia de San Manuel y San Benito.

DELEGACIÓN PARA LA CAUSA DE LOS SANTOS

CAUSA DE CANONIZACIÓN

ANTONIO MARÍA ROUCO VARELA
CARDENAL-ARZOBISPO DE MADRID

El Rvdo. D. José Carlos Martín de la Hoz, Postulador legítimamente constituido en la Causa del Siervo de Dios Rvdo. D. José María Hernández de Garnica, me pide introduzca la Causa de Canonización de dicho Siervo de Dios.

El artículo 11/b de las NORMAE SERVANDAE de la Congregación de las Causas de los Santos, de fecha 7 de febrero de 1983, establece que debe hacerse pública en la Diócesis la petición del Postulador, invitando a todos los fieles a que manifiesten todo aquellos que pueda ser útil en la Causa, tanto a favor como en contra de la misma.

En consecuencia exhorto a todos los fieles de esta Archidiócesis, para que en el plazo de 40 días, a partir de la publicación de este Decreto, expongan a mí o a mi Delegado Episcopal para las Causas de los Santos, todo aquello que pueda ser útil en la introducción de la mencionada Causa, incluso lo que pueda ser contrario a la misma; y presenten los escritos o documentos que tengan en su poder relativos al Siervo de Dios.

Madrid, 13 de enero de 2004.

† Antonio M^a Rouco Varela
Cardenal-Arzobispo de Madrid

Por mandato de su Emcia. Rvdma.
Alberto Andrés Domínguez

DELEGACIÓN DIOCESANA DE LITURGIA

CALENDARIO LITÚRGICO PROPIO DE LA ARCHIDIÓCESIS DE MADRID. AÑO 2004

(Suplemento al Calendario Litúrgico Nacional)

OBSERVACIONES

Se ponen solamente las citas bíblicas propias de las solemnidades y fiestas, ya que en las memorias se sigue la "lectura continuada" siguiendo el Calendario Litúrgico Nacional.

CALENDARIO LITÚRGICO PROPIO DE LA ARCHIDIÓCESIS DE MADRID

- 17 de Abril: **Beata Mariana de Jesús Navarro**, Virgen. Memoria libre (No se celebra por ser Sábado de la Octava de Pascua).

- 4 de Mayo: **San José María Rubio**, presbítero. Memoria libre.

- 15 de Mayo: **San Isidro**, labrador. Patrono de la Villa de Madrid, Capital: Solemnidad. Diócesis: Fiesta, Misa; Hch 4,32-35; Sal 1; St 5,7-8.11.16-17; Jn 15,1-7.

- 25 de Mayo: **Santa Vicenta-María López Vizcuña**, Virgen. Memoria libre.

- 15 de Junio: **Dedicación de la Santa Iglesia Catedral**. Fiesta. Misa: *Común de la Dedicación de una Iglesia*.

- 16 de Junio: **Santa María-Micaela del Santísimo Sacramento**, Virgen. Memoria obligatoria.

- 26 de Junio: **San José María Escrivá de Balaguer**, presbítero. Memoria libre.

- 10 de Julio: **Beatos Nicanor Ascano y Nicolás María Alberca**, mártires. Memoria libre.

- 24 de Julio: **Beatas María de los Ángeles de San José y compañeras**, mártires. Memoria libre.

- 28 de Julio: **San Pedro Poveda Castroverde**, presbítero mártir.

- 7 de Agosto: **Santos Justo y Pastor**, mártires. Memoria obligatoria.

- 18 de Agosto: **Beato Nicolás Factor**, presbítero. Memoria libre.


- 9 de Septiembre: **Santa María de la Cabeza**, esposa de San Isidro, labrador. Memoria obligatoria.

- 10 de Septiembre: **Beatos Francisco Morales Sedeño y José Salvanés de San Francisco**, mártires. Memoria libre.

- 19 de Septiembre: **San Alonso de Orozco**, presbítero. Memoria libre. (No se celebra por ser el XXV Domingo del Tiempo Ordinario).

- 28 de Septiembre: **San Simón de Rojas**, presbítero. Memoria libre.

- 6 de Octubre: **Beata María-Ana Mogas y Fontcuberta**, Virgen. Memoria libre.

- 
- 11 de Octubre: **Santa Soledad Torres Acosta**. Memoria obligatoria.
 - 31 de Octubre: **Aniversario de la ordenación episcopal de Mons. Antonio María Rouco Varela**, Cardenal Arzobispo. Memoria en la oración de los fieles.
 - 8 de Noviembre: **La Dedicación de la Basílica de Letrán** (anticipada). Fiesta. Misa Ez 47, 1-2.8-9.12; Sal 45; 1Co 3,9c-11.16-17; Jn 2,13-22.
 - 9 de Noviembre: **Nuestra Señora de la Almudena**, patrona de la Archidiócesis de Madrid. Solemnidad. Misa Za 2,14-17; Sal Jdt 13,18-19; Ap 21,3-5a; Jn 19,25-27.
 - 13 de Noviembre: **San Diego de Alcalá**, religioso. Memoria libre.
 - 28 de Noviembre: **Aniversario de la muerte de Mons. Vicente Enrique y Tarancón**, Cardenal Arzobispo emérito. *Se le recuerda en la oración de los fieles de la Misa.*

Diócesis de Alcalá de Henares

SR. OBISPO

**FIESTA DE SANTA GENOVEVA TORRES MORALES
FUNDADORA DE LAS “ANGÉLICAS”**

(Madrid, 4 Enero 2004)

Lecturas: *Eclo* 2,7-13; *Sal* 90,1-6.10.11; *Gal* 6,14-18; *Mt* 25,31-40.

1. En estos días de Navidad ha resonado, en nuestros oídos, en nuestros corazones y en toda la Iglesia, el himno de alegría y de gloria con el que los ángeles anunciaron en Belén a los pastores la Buena Nueva del nacimiento del Salvador: «Gloria a Dios en el cielo, y en la tierra paz a los hombres que ama el Señor» (*Lc* 2, 14). Dos mil años después de este gran acontecimiento, la Iglesia sigue exultando de gozo por este maravilloso gesto de la misericordia de Dios para con los hombres.

En este ambiente navideño celebramos hoy la primera fiesta litúrgica de Santa Genoveva, canonizada por el Papa Juan Pablo II en Madrid, el 4 de mayo del pasado año 2003. Hoy damos gracias a Dios por su persona y por las maravillas que realiza a través de su obra. Queremos felicitar a toda la gran familia de las “Religiosas Angélicas”, por el regalo de la canonización de su Fundadora.

Ella gozó de la presencia de Jesús, el Hijo de Dios hecho hombre, y experimentó la alegría de su cercanía. También ella oyó en su corazón el himno de los ángeles, que invitaba a dar gloria a Dios y a vivir la paz que él traía a la tierra. Madre

Genoveva confió en Dios, como hemos oído en el libro del Eclesiástico: «Los que teméis al Señor, confíaos a él, y no os faltará la recompensa» (*Eclo 2,8*); ella puso en sus manos toda su vida y su obra; y nos anima a poner toda nuestra vida y nuestras obras en manos de Dios.

2. En los momentos de grandeza y en las dificultades puso su confianza en el Señor, quien envió a sus ángeles para confortarla, como hemos cantado en el Salmo responsorial: «No se te acercará la desgracia, ni la plaga llegará hasta tu tienda; porque a sus ángeles ha dado órdenes para que te guarden en tus caminos» (*Sal 90,10-11*). De este modo se convirtió ella misma en “ángel” para otras personas.

Ella describe la paz de su alma, al sentir la cercanía de Dios: “*Mi alma, gracias a Dios, está tranquila con una paz que inunda mi alma de gozo. Sólo Dios puede derramar sus luces y apagar las zozobras y turbaciones que los hombres procuran sembrar en corazones acostumbrados a fiarse de Él*” (Carta 202, 554). Y aquí mismo cita el texto de Santa Teresa de Jesús: “*Nada te turbe..., sólo Dios basta*”; y reconoce no ser más que “*un granito de arena, que se pierde en la inmensidad de mar del Corazón de Jesús*” (Carta 202, 554).

3. Genoveva Torres Morales, nacida en Almenara (Castellón) el día 3 de enero de 1870, la más pequeña en una familia de labradores de seis hijos, quedó pronto huérfana de padre y algunos años más tarde perdió también a su madre y vio morir en pocos años a cuatro de sus hermanos. A los trece años, un tumor maligno en la pierna izquierda y la presencia de la gangrena le exigen la amputación de su pierna; más tarde, a los quince años, fue internada en el orfanato “Casa de la Misericordia” de Valencia, donde permaneció hasta los veinticuatro.

Estas dolorosas y tempranas experiencias marcarían su vida, pero no le impidieron, sin embargo, tener un carácter alegre, sino que le ayudaron a forjarse en humanidad y en virtud cristiana.

Ve en el sufrimiento una motivo de unión con Dios; en palabras suyas: “*Hay mucho que sufrir; pero por la misericordia de Dios, no me falta ánimo (...). Nada me satisface. Sólo el estar con Dios. (...). Yo pienso que el que no sufre es un desgraciado*” (Carta 13,283). Parece que nos dijera con San Pablo: «¡Dios me libre gloriarme si no es en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por la cual el mundo está para mí crucificado y yo crucificado para el mundo!» (*Gal 6,14*).

Las Hijas de Santa Genoveva se alegraron cuando ella alcanzó la santidad y cantaban: “Ya no necesita muletas”, como pudimos oír en Roma el día de su Beatificación. Jesús murió en la “cruz ignominiosa”, que se convirtió en “cruz gloriosa”. A Santa Genoveva no es posible imaginarla ya sin muletas, pero ahora son “gloriosas”. Tenemos la tentación de rehuir nuestra propia cruz, pero el Señor quiere santificarnos a través de ella; al final de nuestra vida, esa cruz será “cruz gloriosa”.

4. Madre Genoveva es una mujer de gran corazón, que quiere amar a Dios sin reservarse nada: “*Quiere el Señor almas grandes, y no lo son las que guardan alguna partecita de su propio corazón. Entonces somos aves de rapiña. No acepta el Señor la ofrenda de un corazón partido ni puede decirse que ama el que teme dar aquello, que el Señor quiera pedirle*” (Carta 191,541). Y desea incluso tener un corazón como el de Dios “*para corresponder con el mismo amor, la misma pureza, con la misma humildad, con la misma paciencia, con la misma obediencia*” (Carta 56,352).

Amó a Dios en el prójimo y al prójimo en Dios en una armónica y fecunda síntesis. Lo acreditan innumerables hechos: ayuda a los necesitados, limosnas a los pobres, acogida a los refugiados de guerra, comprensión ante la debilidad ajena, perdón ante las ofensas recibidas, atención a los faltos de cariño y amparo a los que sufren soledad.

5. Todo este programa de vida queda reflejado en la fundación de la “*Congregación de Hermanas del Sagrado Corazón de Jesús y de los Santos Ángeles*”, popularmente “*Religiosas Angélicas*”.

Madre Genoveva se dejó llevar, siguiendo los planes de Dios, para fundar este Instituto. Como ella misma atestigua: “Me puse en las manos de Dios, para cuanto pudiera querer de mí, con voluntad firme de no resistirme en nada de cuanto de mí exigiera, costara lo que costara”.

Descubrió, desde su juventud, unas personas faltas de atención y cariño, y sintió la necesidad de proporcionarles un hogar agradable y acogedor. Fue vislumbrando su vocación como “ángel de la soledad” para esas pobres gentes, que por distintos motivos quedaban abandonadas. Captó un acuciante problema que aquejaba a muchas mujeres en los comienzos del siglo XX: la soledad.

Fundó en Valencia, en 1911, la primera casa del Instituto, con el carisma y misión de “aliviar la soledad de las personas que, por diferentes circunstancias, viven solas y necesitadas de cariño, de consuelo, de amor y de cuidados en su cuerpo y en su espíritu”. La sociedad fue erigida en Zaragoza como “Pía Unión” en 1912. Vinieron después diversas fundaciones en varias ciudades: Madrid, Bilbao, Barcelona, Santander, Pamplona; y también el paso de “Pía unión” a “Congregación religiosa”.

6. Entre las características de su espiritualidad destaca su amor a la Eucaristía. Todas las casas empezaban por el “Sagrario”, pues como decía Madre Genoveva: “Porque estando Jesús en casa nada temo” y de esta forma imprimió en sus religiosas una nota característica de su espiritualidad: la adoración-reparación a la Eucaristía.

El amor a la Eucaristía procuró inculcarlo en sus hermanas, a quienes decía: “Pero Jesús ama. Sí, Hermanas, amemos nosotras y todo lo que nos mortifica, el amor lo endulzará, y callando con alegría, vayamos a estudiar a Jesús en el Sagrario y allí tendremos fuerza para luchar” (Carta 255, 612-613).

Esperamos que las amadas Hijas de esta venerable Madre, fieles al carisma fundacional, sigan teniendo como centro de su vida la Eucaristía.

7. Se suele decir de los santos que son pioneros en aquella actividad a la que se dedican y que, con su actitud, se adelantan a su tiempo. También se ha dicho esto de Santa Genoveva, al considerarla pionera de la atención a las personas que viven en soledad.

Sin embargo, desde una actitud de fe, haríamos mejor justicia a los santos si dijéramos que contemplan las cosas desde Dios. No es que se adelanten a su tiempo, sino que descubren las necesidades de los hombres en tiempo real, porque su mirada es desde Dios. El profeta contempla las cosas desde la visión divina, que es eterna y en la que no cuenta el tiempo.

Tal vez necesitamos quitarnos muchas vendas de los ojos, para descubrir las necesidades de nuestros hermanos, porque estamos demasiado ocupados en contemplarnos a nosotros mismos. Santa Genoveva es un ejemplo de solicitud humana a lo divino, que acontece cuando uno es capaz de olvidarse de sí mismo y contemplar a los otros con la mirada paternal de Dios.

Actuando así podremos oír de labios del Señor, al final de nuestra vida, las palabras del Evangelio de hoy: «Porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; era forastero, y me acogisteis; estaba desnudo, y me vestisteis; enfermo, y me visitasteis; en la cárcel, y vinisteis a verme» (*Mt 25,35-36*). Y Dios nos hará pasar al banquete que nos tiene preparado desde la eternidad, como ha hecho con nuestra Madre Genoveva.

8. Los santos no se hacen solos, sino que se acompañan y se ayudan unos a otros. En todas las épocas suele haber siempre un grupo de santos, que se han conocido, tratado y ayudado. Hace pocos días leíamos en el “Oficio de lectura” la amistad entre los santos Basilio y Gregorio nazianceno. En el siglo XVII hubo una gran floración, de cuya espiritualidad bebió Madre Genoveva: San Ignacio de Loyola, Santa Teresa de Jesús, San Juan de la Cruz, San Felipe Neri.

Durante su vida terrena, Genoveva tuvo ocasión de conocer a diversos religiosos, hombres de Espíritu, muchos de ellos con espiritualidad ignaciana, que le ayudaron a ser fiel a los planes que Dios le pedía. Conoció también un sacerdote secular, que después fue testigo especial para el proceso de su canonización: Don José-M^a García Lahiguera. Traigo a la memoria este varón de Dios, cuyo proceso también ha comenzado y ojalá veamos pronto elevado a los altares.

A vosotras, estimadas hermanas, os une a él su labor espiritual como capellán de vuestra casa en Madrid, apenas ordenado sacerdote, y la amistad que mantuvo con vuestra Santa Madre. Para mí ha sido el Obispo que me ha otorgado las órdenes sagradas, incluido el presbiterado, mientras fue Arzobispo de Valencia.

Deseo pedir al Señor, en esta fiesta de Santa Genoveva, que conceda la santidad a todas aquellas venerables personas, que trataron con ella y desearon ardientemente ser santos.

Pedimos también, por intercesión de vuestra Santa Fundadora, que Dios nos conceda la santidad a los que hoy celebramos esta fiesta y que aún caminamos por este valle de lágrimas. ¡Que seamos como los eslabones de una larga cadena de santos! Somos otra generación, a la que el Señor invita a la santidad. ¡Pidamos a Dios poder pertenecer a la pléyade innumerable de santos del siglo XXI! ¡Que nos estimulemos a progresar en el amor a Dios y al prójimo! ¡Ayudémonos unos a otros, para cumplir más fielmente la voluntad de Dios en nuestras vidas!

9. Con su autorretrato Madre Genoveva alaba a Dios, como la Virgen María en el “Magnificat”, porque ha hecho maravillas a pesar de su pequeñez: “*Salida de las clases más humildes de la sociedad; pobre y sin medio alguno de fortuna; desprovista de toda formación literaria e intelectual; privada de otras cualidades que nacen del talento y del conocimiento del mundo; mutilada en los miembros más precisos para la vida activa, e inutilizada, por tanto, para el trabajo; agobiada con graves enfermedades y flaca siempre de salud; sin más recursos que nuestra pobre voluntad, no siempre dócil (lo confesamos para nuestra confusión), sino muchas veces rebelde a las inspiraciones divinas, acometimos la empresa de fundar la Sociedad Angélica del Sagrado Corazón*” (Circular, abril, 1922, p.186).

Como San Pablo, podemos decir: «Llevamos este tesoro en vasijas de barro, para que aparezca que una fuerza tan extraordinaria es de Dios y no de nosotros» (2 Co 4,7).

¡Que el ejemplo de María, la Virgen, y de Santa Genoveva nos ayude a vivir, con sencillez y humildad, las maravillas que Dios quiera obrar en nuestra vida!
Amén.

ACTO DE APERTURA DE LA VISITA PASTORAL AL ARCIPRESTAZGO DE TORREJÓN

(Parroquia de N^a S^a del Rosario- Torrejón, 17 Enero 2004)

Lecturas: *Dt* 30,10-14; *Sal* 18; *Mc* 6,30-34.

1. El Señor Jesús, como hemos escuchado en el Evangelio de San Marcos (cf. 6,30-32), reúne a sus discípulos y los lleva a un lugar tranquilo, a un lugar donde puedan rezar, descansar y reponer fuerzas. Es lo que pretendemos cuando nos retiramos para hacer oración, para procurarnos unos días de silencio y tranquilidad, para hacer retiro o Ejercicios espirituales. Lo necesitamos todos los que trabajamos en la viña del Señor, para revisar nuestra vida, para proyectar los trabajos, para recobrar ánimo, para programar las actividades, para potenciar la acción que estamos realizando.

2. La Visita pastoral pretende ser un momento de reflexión y encuentro entre el obispo y los hermanos de la comunidad cristiana. El obispo desea encontraros a todos, conoceros personalmente; escuchar de vuestros mismos labios vuestros nombres, vuestra actividad, vuestras ilusiones, vuestros problemas. El obispo os visita para estar con vosotros y encontrarse con los sacerdotes y demás fieles cristianos: los que estáis comprometidos en la tarea de la evangelización, los que trabajáis en la catequesis, los que os preocupáis de potenciar las comunidades cristianas, los que deseáis que la Palabra de Dios llegue a todas las gentes de este Arciprestazgo de Torrejón.

3. La Visita pastoral es también un tiempo especial de oración: El obispo reza con sus fieles, celebra el perdón del Dios de las misericordias, lo alaba con la Acción de gracias y ora por todos, de manera especial por los enfermos. Os pido que, desde hoy hasta el final de la Visita pastoral a este Arciprestazgo, recéis todos los días, en todas las comunidad cristianas, por los frutos espirituales de la misma.

4. Otro objetivo de la Visita pastoral es favorecer y promover la comunión eclesial. La comunión no se refiere fundamentalmente a estar de acuerdo en la metodología o en las técnicas de trabajo pastoral; la comunión es mucho más: Implica compartir criterios pastorales de actuación, pero sobre todo es la unión con Jesucristo en el Espíritu, que se expresa y se constituye en la Eucaristía; es la unión jerárquica con los representantes de Jesucristo, empezando por el Papa, siguiendo por el Obispo de la Diócesis y finalizando por los sacerdotes; ellos ejercen su ministerio en comunión con el Obispo; porque si no hay plena comunión con el Obispo, no hay trabajo eclesial.

5. El signo visible de comunión de toda la Iglesia es el Papa: “Principio visible y perpetuo fundamento de la unidad de la fe y de comunión” (*Lumen gentium*, 18). El signo visible de comunión en la Diócesis es el Obispo propio (cf. *Lumen gentium*, 23). La Visita pastoral expresa de modo especial esta verdad de que el obispo ha sido puesto al frente de la Diócesis, como pastor de la misma, y en calidad de sucesor de los Apóstoles. Es Jesucristo mismo quien se acerca a vosotros, a través de aquel que Él ha puesto como Cabeza de la iglesia particular, para que lo represente de manera especial. El Obispo es el representante principal de Jesucristo, porque tiene la plenitud del sacramento del Orden.

6. Los presbíteros son también representantes del mismo Jesucristo, que os acompañan todos los días y están con vosotros de manera permanente; son los colaboradores necesarios de los obispos: “Como no lo es posible al obispo, siempre y en todas partes, presidir personalmente en su Iglesia a toda su grey, debe por necesidad erigir diversas comunidades de fieles. Entre ellas sobresalen las parroquias, distribuidas localmente bajo un pastor que hace las veces del obispo” (cf. *Sacrosanctum Concilium*, 42). El párroco es la cabeza de cada parroquia, junto con los demás sacerdotes que allí colaboran.

A veces se infiltran en la Iglesia maneras de pensar, modas y estilos, propios de otras instancias ajenas a ella (instituciones civiles, partidos políticos), que no son propios de la realidad eclesial y distorsionan la verdad. En la toma de decisiones de

las instancias no eclesiales (civiles y políticas) suele prevalecer la “mayoría numérica”; mientras que en las comunidades cristianas debe prevalecer el “consenso”, fruto de la comunión eclesial, del diálogo, de la escucha mutua, de la oración y de la búsqueda de la voluntad de Dios. Sobre este tema hablaremos más detenidamente en los encuentros con los consejos parroquiales.

7. Si bien la parroquia es la célula del organismo eclesial, donde se celebra y vive la fe, el arciprestazgo es el equipo coordinador del funcionamiento de las comunidades cristianas. Los sacerdotes de un mismo arciprestazgo deben encontrarse, compartir sus experiencias, dialogar sobre la marcha de las comunidades, animarse mutuamente, reflexionar sobre lo que se está haciendo y cómo se está llevando a cabo. Todo ello revierte positivamente en el trabajo que cada sacerdote realiza en la parroquia y en las actividades de los diversos grupos de personas (niños, jóvenes, adultos, enfermos, ancianos) y equipos de trabajo (catequistas, liturgia, matrimonios, “Caritas”, “Vida Ascendente”). Junto con los sacerdotes, conviene que algunos fieles cristianos laicos y de vida consagrada participen también en las reuniones de coordinación pastoral del arciprestazgo.

8. Hemos escuchado en la lectura del libro del Deuteronomio que la Palabra de Dios no hay que ir a buscarla fuera: «Porque estos mandamientos que yo te prescribo hoy no son superiores a tus fuerzas, ni están fuera de tu alcance. No están en el cielo (...) ni están al otro lado del mar (...) sino que la palabra está bien cerca de ti, está en tu boca y en tu corazón para que la pongas en práctica» (*Dt* 30,11-14). La Palabra de Dios podemos leerla y conocerla; ella es fuerza y alimento para el hombre. Esta Palabra debe estar presente en nuestras reuniones, litúrgicas y no litúrgicas. Esta Palabra de Dios la trasmite fielmente la Iglesia y la interpreta auténticamente el magisterio de la misma. Nadie, fuera del magisterio, puede interpretar a capricho la Palabra de Dios; las iglesias cristianas no-católicas que así lo hacen están expuestas a una continua división y diversificación de las mismas.

9. Según el relato evangélico de Marcos, la gente que había escuchado a Jesús y había quedado impactada por su palabra fue a buscar al Maestro; quería escuchar a alguien, que dijera cosas significativas e importantes; no buscaba a un agorero, ni a un publicista, ni a un mercader, ni a un vendedor, sino a un auténtico Maestro. Jesús, «al desembarcar, vio mucha gente, sintió compasión de ellos, pues estaban como ovejas que no tienen pastor, y se puso a enseñarles muchas cosas» (*Mc* 6,34).

Esta escena nos hace pensar en Torrejón: También aquí hay mucha gente que anda como ovejas sin pastor y necesita ser adoctrinada, ser ayudada para descubrir el significado de su vida, ser alimentada con comida sólida para poder recorrer el camino de la vida, ser nutrida adecuadamente para vivir, crecer y madurar. Hay gente en Torrejón que no ha oído hablar de Dios; que tiene una imagen falsa del mismo o que le preocupa muy poco en su vida. Incluso hay gente que se profesa cristiana, pero no sabe quién es Jesucristo, ni qué es la Iglesia, ni qué son los sacramentos. Hay gente que ha perdido el sentido religioso y el rumbo de la orientación de su vida; que vive situaciones humanas difíciles, empezando por la familia; que busca la felicidad, donde no se encuentra. El arciprestazgo de Torrejón, campo de trabajo que el Señor pone delante de nuestros ojos, es como un “desierto”, que hay que trabajar para hacerlo verdear y florecer.

10. Los cristianos necesitamos un ambiente espiritual fuerte y sólido, que nos dé fuerza; necesitamos alimentarnos de la Palabra de Dios y del pan de la Eucaristía, para poder seguir adelante y caminar en este desierto de nuestra vida; necesitamos a los pastores que Dios ha puesto a nuestro lado, para que nos enseñen, nos guíen y nos corrijan las posibles “modas”, tomadas de la mentalidad secularista. Todos los que estamos aquí esta tarde, en esta Apertura de la Visita pastoral al Arciprestazgo de Torrejón, estamos llamados a dar testimonio del Evangelio y a proclamar su luz a nuestros paisanos.

11. Os animo a vivir esta Visita pastoral con ilusión y alegría; a vivirla con fe, porque el Señor está con nosotros y convierte nuestro corazón hacia Él; a tener esperanza, porque Dios nos ayuda en nuestra tarea y puede convertir en verde y fecundo el árido desierto (cf. *Is 35,6-7*). La fuerza no está en nosotros, sino en Jesucristo; pongámonos en manos del Señor y de la santísima Virgen. Me alegro de la providencial coincidencia de celebrar la Apertura de la Visita pastoral en la parroquia de Nuestra Señora del Rosario.

¡Que la Virgen, con su maternal intercesión, nos acompañe de la mano, nos ayude, nos proteja, nos anime, nos cuide y nos guíe en esta tarea! ¡Que la Visita Pastoral produzca sus mejores frutos! Amén.

CELEBRACIÓN DE LA PALABRA “ORACIÓN POR LA UNIDAD DE LOS CRISTIANOS”

(Santa Iglesia Catedral, 24 Enero 2004)

Lecturas: Dt 7,7-11; Ef 2,14-18; Jn 3,14-17.

1. En esta oración ecuménica, algunos pastores de otras iglesias cristianas nos han ayudado a reflexionar sobre la Palabra de Dios, que ilumina nuestra existencia. Como nos decía el hermano Francisco, de la iglesia Bautista, Dios nos ha tomado muy en serio a las personas y nos ama profundamente. Y nuestro hermano Rogelio, de la iglesia griega ortodoxa, nos ha recordado la situación de la humanidad, internamente desgarrada por el pecado; pero Dios empeñó su palabra desde el principio, para salvar al hombre, que tanto ama, y redimir a toda la humanidad.

2. Todos nosotros somos objetos del amor misericordioso de Dios. Y ese Dios, que tanto nos ama, quiere salvarnos y recomponernos, porque hemos roto la imagen, que Él plasmó en nuestro corazón; la rompió Adán y Eva, nuestros primeros padres y la hemos roto nosotros, desfigurando la imagen de Dios en nuestra alma. Como dice San León Magno: “Recuerda que fuiste hecho a imagen de Dios; esta imagen, que fue destruida en Adán, ha sido restaurada en Cristo” (Sermón 7 en la Natividad del Señor, 2). El Señor cumple su promesa de salvación, con una preparación larguísima, presentada en las distintas etapas del Antiguo Testamento, pero la cumple de modo definitivo en Jesucristo: Él es nuestra Paz (cf. Ef 2,14-16).

Jesucristo es la salvación, la única salvación que tenemos los hombres: eso es lo que Cristo nos ofrece con su vida.

En la historia del pueblo de Israel se nos narra que Moisés hace una serpiente de bronce, para que quien la mire, habiendo sido mordido por serpientes venenosas, sea curado (cf. Nm 21,8-9).

3. En la etapa del nuevo pueblo de Israel, en el Nuevo Testamento, es Cristo el signo de salvación. El evangelista Juan, haciendo referencia al pasaje bíblico anterior, presenta a Jesucristo como la salvación: «Como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así tiene que ser levantado el Hijo del hombre, para que todo el que crea tenga por él vida eterna» (Jn 3,14-15).

Los cristianos hemos tomado la imagen de Cristo crucificado como signo propio y distintivo. Podemos contemplarlo clavado en la cruz: quien lo mire y crea en Él, será salvado. Cristo es nuestra Paz, porque ha roto todas las ataduras del mal, todas las tensiones entre los hombres, todos los pecados, todos los conflictos, todas las divisiones, todas las guerras que existen entre hermanos. Él ha arrancado todo el mal que existe dentro de cada uno de nosotros, en nuestros corazones.

4. Nos hemos reunido esta tarde, en el marco del “Octavario por la Unidad de los Cristianos”, para pedir la Paz a Cristo: Él «ha hecho de los dos pueblos uno sólo, derribando el muro que los separaba, la enemistad, anulando en su carne la Ley de los mandamientos con sus preceptos, para crear en sí mismo, de los dos, un solo Hombre Nuevo, haciendo la paz, y reconciliar con Dios a ambos en un solo Cuerpo, por medio de la cruz, dando en sí mismo muerte a la Enemistad» (Ef 2,14-16).

Jesucristo ha arrasado todas las barreras y nos ha regalado el don de su paz (cf. Jn 14,27); pero no la paz que da el mundo, sino la paz de Dios, expresión del amor definitivo; la paz que salva; la paz que sana hasta la más profunda raíz de nuestro ser; la paz que supera toda división y perdona el pecado que existe dentro de nosotros mismos.

Esta tarde, hermanos, pedimos a Cristo que conceda su Paz a todos los cristianos, a todos los creyentes en Cristo; le pedimos también que los cristianos, con Cristo, por Él y en Él, logremos quitar todo tipo de barreras y divisiones que nos separan.

5. La Paz es, ante todo, un don de Dios. Cristo es la Paz; por tanto, Cristo es el gran regalo de Dios a la humanidad; y la paz nos la regala Jesucristo. Por otra parte, todo regalo recibido y aceptado implica un compromiso: Cuidar ese regalo; procurar que no se estropee. Esta tarde le pedimos al Señor Jesús que nos regale su paz y que nos ayude a comprometernos con el gran regalo de su paz. Con esta intención y deseo nos hemos reunido. Imploramos la paz y deseamos vivirla y comprometernos con ella. ¡Que el Señor nos regale su amor y su paz! Amén.

VICARÍA GENERAL

ACTIVIDADES DIOCESANAS

CRÓNICA DE LAS JORNADAS SACERDOTALES

El día veinte de enero, en la Casa de Espiritualidad de “Ekumene”, de Alcalá de Henares, tuvo lugar la Jornada Sacerdotal correspondiente al mes de enero de 2004.

Comenzó el encuentro con un tiempo dedicado a la oración en común. A continuación se pasó a tener una sesión de trabajo y reflexión. El profesor de la Facultad de Teología S. Dámaso de Madrid y Vice-Decano de la misma, Rvdo. D. Juan José Pérez Soba, presentó el tema: “Amor conyugal y vocación a la santidad”, introduciendo así la segunda parte del presente Curso de formación permanente para los sacerdotes, sobre “Amor humano y Familia”.

Después, el Vicario Judicial de nuestra Diócesis, Ilmo. D. Francisco Mora, realizó una información detallada sobre el trabajo que se lleva a cabo en el Tribunal Eclesiástico, ayudando a los presentes a una mayor comprensión y a saber situarse ante esta realidad pastoral.

Por último, y después de algunas informaciones de interés general, tuvo lugar la comida en un ambiente de fraternidad.

CRÓNICA DE LA CONVIVENCIA DE SACERDOTES

Durante los días 25, 26 y 27 de enero ha tenido lugar en el Monasterio de las MM Benedictinas, de Valfermoso de las monjas, en Guadalajara, una convivencia de los sacerdotes ordenados en los últimos seis años.

El fin de estas jornadas es favorecer el encuentro fraternal entre los sacerdotes y de éstos con su Obispo, en un ambiente de oración, convivencia y trabajo. Participaron también los Vicarios episcopales.

Dos fueron los temas que ocuparon la reflexión: 1) La espiritualidad sacerdotal, (Cap. II del “Directorio para el ministerio y la vida de los presbíteros”); 2) La pastoral juvenil.

Después de una presentación hecha por el Sr. Obispo y de un tiempo de reflexión personal, ambos temas se trabajaron por grupos y se pusieron en común en diversas sesiones.

En otros momentos del encuentro se proyectó la película “Juan XXIII”, que dio lugar a un enriquecedor diálogo.

Nos unimos a la Comunidad Monástica en el rezo de la Liturgia de las Horas y en la celebración de la Eucaristía.

Todo ello en un clima de alegría y de verdadera fraternidad sacerdotal.

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

NOMBRAMIENTOS

Rvdo. Sr. D. Antonio de Padua Castro Roldán, Capellán del Monasterio de MM. Agustinas de Ntra. Sra. de la Consolación, en Alcalá de Henares (08/01/2004).

CORRECCIÓN

En el boletín del mes de noviembre, en NOMBRAMIENTOS, por error se publicó: Jesús Trancón Pérez, Capellán del Monasterio de MM. Clarisas de San Juan de la Penitencia, en Alcalá de Henares (01/11/2003), **lo correcto es Capellán del Monasterio de Clarisas de Nuestra Señora de la Esperanza, en Alcalá de Henares.**

DEFUNCIONES

- En el Monasterio de Concepcionistas Franciscana de Santa Úrsula, en Alcalá de Henares, el día 30 de diciembre de 2003, a los 93 años, falleció Sor María del Espíritu Santo. Nació en Villaúte (Burgos). Cumplió 74 años de vida consagrada. Fue 25 años Madre Abadesa. Alma comprensiva, bondadosa caritativa y humilde. Descanse en paz.

- Dña. Justina Sanz Cabrero, falleció en Madrid el día 12 de enero de 2004, madre del sacerdote D. José Antonio Patallo Sanz, párroco de la Parroquia de Santa María de los Ángeles, en Coslada y madre de nuestra colaboradora, Dña, María del Carmen Patallo Sanz.

Que así como han compartido ya la muerte de Jesucristo, compartan también con Él la Gloria de la resurrección.

ACTIVIDADES DEL SR. OBISPO ENERO 2004

Días 2-3. Despacha asuntos de la Curia diocesana.

Día 4. Preside la eucaristía, con motivo de la fiesta de Santa Genoveva Torres Morales, fundadora de las “Angélicas” (Casa de las “Angélicas”- Madrid).

Día 5. Audiencias.

Día 7. Despacha asuntos de la Curia diocesana.

Día 8. Reunión del Consejo episcopal.

Día 9. Por la mañana, audiencias.

Por la tarde, realiza el envío de catequistas de una comunidad neocatecumenal de la parroquia de N^ªS^a del Templo (San Fernando).

Día 10. Despacha asuntos de la Curia diocesana.

Día 11. Administra el sacramento del Bautismo en la parroquia de San Pedro (Catedral).

Día 12. Por la mañana, audiencias.

Por la tarde, preside la misa exequial de la madre del Rvdo.D. José-Antonio Patallo (Parroquia Santa María de los Ángeles – Coslada).

Día 13. Reunión de arciprestes.

Día 15. Celebra la eucaristía en el Monasterio de Agustinas de N^ªS^a de la Concepción (Alcalá) y preside la reunión del Consejo presbiteral.

Día 16. Por la mañana, audiencias.

Por la tarde, reunión de catequetas (Conferencia Episcopal-Madrid).

Por la noche, preside el Rito de la “Traditio” en una comunidad neocatecumenal (Parroquia de N^ªS^a del Templo – San Fernando).

Día 17. Por la mañana, audiencias.

Por la tarde, apertura de la Visita pastoral al arciprestazgo de Torrejón (Parroquia de N^aS^a del Rosario-Torrejón).

Días 18-24. Participa en los Ejercicios Espirituales para Obispos (Pozuelo de Alarcón-Madrid).

Día 24. Por la mañana, reunión de la Comisión episcopal para la Doctrina (Madrid).

Por la tarde, preside la Celebración de “Oración por la Unidad de los Cristianos” (Catedral).

Día 25. Por la mañana, administra la Confirmación en la parroquia de San Pedro Apóstol (Catedral).

Por la tarde, inicia la reunión con los sacerdotes jóvenes.

Días 26-27. Reunión con los sacerdotes de los cinco primeros años de ministerio Valfermoso de las Monjas (Guadalajara).

Día 28. Audiencias.

Día 29. Celebra la eucaristía en el Monasterio de Carmelitas Descalzas del “Corpus Christi” (Alcalá) y recibe en audiencias.

Día 30. Reunión en la Consejería de Cultura de la Comunidad Autónoma (Madrid).

Día 31. Despacha asuntos de la Curia diocesana.



SR. OBISPO

**HOMILÍA EN LA SOLEMNIDAD
DE LA EPIFANÍA DEL SEÑOR**

Cerro de los Ángeles, 6 de enero de 2004

Muy queridos hermanos en el sacerdocio de Jesucristo y muy queridos hermanos todos en Jesucristo Nuestro Señor.

Quizá de las fiestas más entrañables del calendario litúrgico sea precisamente esta de los Reyes Magos, aunque su verdadero significado es la manifestación de Dios, la Revelación de Dios a todos los hombres a través del nacimiento de Jesús en Belén. Pero así como todas las demás descripciones del Evangelio tienen un carácter profundamente histórico, además, están cargadas de esa humanidad tan grande, de ver verdaderamente al Hijo de Dios, nacido de mujer, como todos venimos al mundo, en la Epifanía, en la manifestación del Señor, en esta fiesta de los Reyes Magos. Parece que la descripción que nos hace el Evangelista S. Mateo (2, 1-12) está cargada de símbolos pero, al mismo tiempo, su descripción está cargada también de idilio, de poesía, de sentido trascendente y, al mismo tiempo, lleno de connotaciones históricas de tal manera que, a través del tiempo incluso la fiesta y la manifestación de Dios ha ido adquiriendo unos caracteres cada vez más cercanos a lo que podríamos llamar expresiones de la verdad del Evangelio; pero a través también de ese sentido, de alguna forma narrativa, popular, que hace tan atrayente esta narración a los mismos niños, como si fuese una preciosa leyenda.

Unos magos que después hemos ido transformando, a través del tiempo, en Reyes -no dice el Evangelio que fueran Reyes, no dice que fueran tres, la aparición de los tres con sus nombres es mucho más tardía- y así, la manifestación de Dios, se ha ido convirtiendo en una fiesta absolutamente popular. Pero, precisamente por este carácter, podemos también nosotros haber contribuido a hacer de la fiesta algo tan natural, tan propio del tiempo en que vivimos, que esté desnaturalizada del profundo significado. Por eso, cuando llega esta celebración anual, es ocasión para nosotros para agradecer, para alabar a Dios por las grandezas que nos ha manifestado a través de Jesucristo.

La primera y fundamental enseñanza de esta Epifanía: son llamados hombres que vienen de otros sitios. No es ya la Revelación centrada en Jerusalén, y, por lo tanto, en el pueblo judío; vienen de Oriente, vienen de lejos, porque la manifestación de Dios es para todos los hombres; todos los hombres tienen derecho a reconocer a Dios, el Creador de todo cuanto existe; a reconocerle además de cómo Creador, como su Salvador.

¡Todos los hombres!, lo que hace que todos tengamos que reconocer a todos los hombres como llamados a ser hijos de Dios y, por lo tanto, la unidad del género humano. Todos los hombres en paz, en unidad, pertenecientes a un mismo cuerpo, el Cuerpo Místico de Jesús; es decir, es la llamada a eso que hoy, de una manera vulgar, decimos la solidaridad con todos los hombres: para todos los hombres nace Dios. Responde esta manifestación de Dios a ese símbolo que está representado en los Reyes Magos, en los sabios -podemos decir- que viene de Oriente, que vienen buscando: ¡buscando! Buscando: han visto una luz y buscan. Es esa inquietud propia de nuestro corazón, del corazón de todo hombre -buscar- que está inscrito en su corazón y, más aún, manifestado por el Amor de Dios a través de la Encarnación de Jesucristo. Búsqueda. ¿Por qué esa búsqueda constante de todos los hombres? Porque el encuentro con tantas cosas diversas en nuestras vidas, en lo que llamamos lo cotidiano, no llena del todo el corazón; más bien el corazón está cargado siempre de añoranza y de deseo de más, ¡de más! Busca algo superior que nos guíe. El corazón del hombre, a pesar del tan cacareado bienestar del que disfrutamos, quizá hoy, en el día significativo de la donación de unos con otros como manifestación de amor -y en eso sí que es fiesta genuinamente cristiana- a través de los regalos que expresan la interioridad de nuestro deseo de ser servidores, amadores de todo el mundo, pero sigue la añoranza. No conseguiremos que, con los regalos que recibimos, hemos ido recibiendo, nuestro corazón se sienta plenamente satisfecho.

Son símbolo, digo, los Magos de esta búsqueda, de esta búsqueda que tiene siempre nuestra vida. Esos momentos en que parece que casi tocamos a Dios con la mano y esos momentos en que Dios se oscurece de tal forma, de tal manera, que parece que no le vemos. La narración que hemos escuchado lo describe con la pérdida de la estrella. Y fijaos en un detalle que me parece que es de suma importancia. Pierden la estrella cuando pretenden encontrarla sólo en Jerusalén.

Jerusalén, en este sentido, representaría a la humanidad cerrada sobre sí misma, a un Dios propio, demasiado personalizado, para unos pocos; y, lo contrario, es lo que expresa la manifestación de Dios para todos los hombres. Esta es una deuda pendiente siempre de los cristianos con la humanidad entera. En ese sentido no la encuentran en Jerusalén; lo que sí encuentran en Jerusalén es la respuesta que necesitan escuchar: ¿Dónde está la estrella? ¿Quién puede conducirnos a la estrella que aparece? La Virgen Madre. Cuando nosotros tenemos oscuridad en nuestra fe, cuando parece que el desánimo, la tristeza, ha invadido el corazón; cuando parece que todo está perdido y que lo máximo a que podemos aspirar es a consolarnos con las pequeñas satisfacciones de la vida, de lo cotidiano, recurramos a María, que Ella fue la que presentó a los Magos al Hijo de Dios hecho Hombre: la verdadera Estrella, la luz que ilumina a todo hombre.

La luz, fuera de la cual todo es tiniebla. ¡Cuánto nos hemos esforzado los hombres a través del tiempo en encontrar luces que iluminen nuestro recorrido humano y sólo cuando hemos encontrado, en ese recorrido humano, la inmortalidad de nuestros deseos que sólo Dios puede dar. Hoy es un momento de recuerdo ciertamente con motivos dolorosos, a veces, pero recuerdo entrañable de nuestros seres amados que otros años han celebrado con nosotros, como repetimos; están ya en la comunión con Dios, en donde nosotros esperamos estar; en la unidad perfecta de la paz eterna: de la paz y del amor. Camino seguro el de la estrella que nos conduce. Podría decirnos Jesucristo en contestación a nuestra inquietud: para esto he venido al mundo, para esto os he prestado toda la filosofía que encierra mi Evangelio y mi vida, para que tengáis paz en que estáis iluminados por la estrella que os conducirá a la vida eterna, a la vida verdadera para siempre, al gozo perfecto del corazón humano. Por eso os decía que es bueno hacer hoy comunión con los seres que nos han precedido y mucho más cuando esos seres queridos son los que nos dieron la misma vida y, sobre todo, la vida iluminada con el conocimiento de Cristo nuestro Salvador.

Buscad la estrella. No dejemos que la estrella se apague, que no nos deslumbren demasiado las luces artificiales de la Navidad, que no nos ofusquen la vista los deseos insaciables de bienes de nuestro corazón, que no nos fascine ni la riqueza pensando que es el bien superior, ni el honor, ni la gloria; que sepamos que la luz está en el amor, en un amor que salta hasta la vida eterna. Somos hijos todos de un mismo Padre, que nos ama y nos espera y nos ha dado la Estrella que es Jesucristo nuestro salvador.

Conducidos por María, para encontrar al Señor, la luz que ilumina todo hombre. Amén.

HOMILÍA DURANTE LA MISA DE CONSAGRACIÓN DE VÍRGENES

La Aldehuela, 17 de enero de 2004

Muy queridas hermanas vírgenes consagradas, muy querida hermana que vas a ser consagrada, muy querida comunidad de Carmelitas Descalzas aquí en La Aldehuela, muy queridos hermanos en el sacerdocio y hermanos todos en Jesucristo nuestro Señor.

Los dones de Dios, los regalos de Dios, no se conquistan, se esperan. Has esperado y habéis esperado este momento en que el hablar de Dios en lo profundo, en lo interior del corazón, se hace luz para dejar toda la vida en manos del Señor.

A Dios, dicen todos los grandes estudiosos de la espiritualidad, se le conoce con la cabeza, se va dejando que la razón sea iluminada por la fe y se va descubriendo el misterio de Dios. A Dios se le conoce también a través de la sensibilidad, de la afectividad nuestra, a través de las imágenes que el hombre hace de Dios y que siente como cercanas; mucho más desde el misterio maravilloso, fundamento de la vida cristiana, de la Encarnación del Verbo en las purísimas entrañas de María Santísima. Pero hay una forma más especial del conocimiento de Dios, que es cuando el Espíritu habla en el interior a través de lo que llamamos las emociones internas del corazón, que no son conquista humana, son regalo de Dios. Es verdad que el hombre ha de disponer el corazón, pero es un don de Dios como expresión humana que

el mismo Dios se ha reservado para que se vea que la donación es total: la entrega que Dios hace de su vida, de su presencia. Sentir a Dios dentro, dirá San Ignacio de Loyola; los grandes místicos dirán que son los toques de Dios en el corazón mismo del hombre, en la interioridad más profunda. Ahí, en la interioridad más profunda, es donde el hombre siente esta llamada de Dios a la entrega total y decidida que no tiene otra respuesta por parte del hombre que reconocer la generosidad de Dios y tratar de corresponder a esa generosidad con un “sí, haz de mí un instrumento de tu amor, haz lo que Tú quieras de mí”; y cómo lo que Dios quiere precisamente de la criatura, en la relación de amor, es que en ella se manifieste el amor de Dios.

Las lecturas que hemos escuchado confirman lo que estaba tratando de decir confusamente: lo que verdaderamente siempre ha sido la presencia de Dios en la elección de hombres. Hemos escuchado la elección de Saúl, con el marco histórico que justifica una serie de intervenciones, hasta cierto punto de vista puramente humanas, pero aparece claro en el texto que es Dios quien inspira, Dios quien elige, el profeta el que determina quién es el que ha sido llamado para ser el rey de Israel, entendiendo esta realeza como la misma salvación o la liberación del pueblo, como bien sabemos. Por eso, ante el don de Dios no cabe más que el asombro, el entusiasmo, la veneración y terminalmente, la adoración a Dios para recibirlo con corazón limpio. Siempre, cuando la persona humana recibe un don de Dios, trata de querer devolver, puesto que es en el sentido más profundo del amor humano donde se realiza el don. Cuando piensas que tienes que devolver a Dios por este bien que te hace, por este don, por este deseo íntimo, personal, tan propio, tan de tu propia persona, ¿qué voy a hacer? Pues, lo que han hecho todos los hombres, empezando por el Antiguo Testamento, mucho más en el Nuevo, sobre todo si analizamos precisamente la presencia de nuestra Madre, la Santísima Virgen, pues decirle al Señor: aquí está mi vida, yo te la doy.

Así ha sido siempre la historia de la salvación, de cada una de las personas, y así ha sido también para ti el momento de esta historia de salvación en tu vida, de Dios en ti, que respetando los tiempos propios de Dios, del crecimiento, te da la posibilidad de ofrecer del todo tu vida. Toda la historia de la salvación tiene su cumplimiento en el sí de María, porque ahí, en ese sí, se inaugura la Iglesia. María es la imagen perfecta de la Iglesia; la Iglesia de todos los tiempos y siempre guiada por el Espíritu Santo. Cuando reconocemos quién es María, no podemos hacerlo sin verla cubierta por la sombra del Espíritu Santo. Es el sí de Dios a la humanidad para salvarla, unido al sí de María para ser la colaboración inmediata con Dios de la salvación. En este sí que el hombre, la persona humana, trata de devolver a Dios, hay una conciencia clara y es la pobreza

radical del hombre; la pobreza radical, dicho en otros términos, la humildad, la sencillez de corazón, que son condiciones esenciales para agradar a Dios y para que Dios pueda volcar su riqueza en el corazón del hombre. Es esa expresión tan propia de la relación con Dios: un abismo llama al otro abismo; el abismo del Ser para siempre, del Amor, de la Verdad, de la Omnipotencia, de la Misericordia, llama y se une al abismo de la pobreza, de la necesidad absoluta de Dios, de todo y para todo. Sólo así el Señor deposita sus riquezas en el corazón y los frutos del amor de Dios se van desarrollando, no en la agitación humana, no en la violencia humana, sino más bien, en la lentitud del silencio, del diálogo profundo, de la escucha al querer de Dios. María guardaba las cosas en su corazón.

A una planta, me refiero ahora a una planta vegetal, no se la puede forzar a que florezca de manera repentina. El ser vivo necesita germinar, necesita crecer, necesita llegar a su madurez y a su esplendor, para dar su flor y su fruto. Tampoco nosotros, criaturas, podemos forzar los tiempos del Espíritu. Dios sabe irnos llevando día a día de acuerdo con nuestros tiempos y nuestros momentos, con nuestras debilidades y nuestras respuestas generosas al conocimiento del Señor. El hombre ha de hacer una confianza plena de todos sus proyectos, de la vida misma con todos sus diferentes estados y momentos, una entrega generosa a Dios, una confianza plena, con la seguridad de que Él nos ha amado primero, nos ha llamado a seguirle de cerca sin necesidad alguna de nuestra parte. Por otro lado, la conciencia clara de que ha elegido lo necio del mundo para confundir a los sabios, y ha elegido lo que el mundo considera débil para confundir a los fuertes. De este modo nadie puede presumir delante de Dios. Insisto que la humildad del corazón es la madre de todas las virtudes. Ella es el más firme y arraigado cimiento sobre el cual se eleva el edificio de la vida espiritual. La humildad del corazón es la luz que abre nuestros ojos para reconocer nuestra nada y al mismo tiempo la ilimitada bondad de Dios que se inclina a la criatura. ¿No es esto la traducción exacta de la humillación del Verbo para hacerse semejante en todo al hombre, menos en el pecado?

Hoy se cumplen designios de Dios, en la realización de las promesas de Dios; se cumplen los designios de Dios y pedimos, por tanto, al Padre Dios, por medio de nuestro Señor Jesucristo, que puedas escribir con letras interiores de luz de Dios y de amor, tu propio *Magnificat*, tu alabanza a Dios por lo que ha hecho en ti, reconociendo el don a la criatura.

Descubrir que todo cuanto hemos recibido, lo hemos recibido de Dios y que ahora, el Señor quiere que nuestras vidas se las devolvamos sirviendo a los

hermanos, a los hombres. En las diferentes formas de consagración a Dios, todas tienen esta coincidencia del servicio a los hermanos y al pueblo de Dios, de tal manera que el don que recibe cada uno está puesto al servicio de todos; es para todos, no es para mí.

María nos enseña a glorificar a Dios por las maravillas que ha hecho, convirtiéndola en la mejor, la más excelente criatura, la obra maravillosa de la Redención, librar del pecado en su mismo origen a la criatura, la misma Virgen, la hace y la convierte en la colaboradora de la salvación cumplida en su Hijo. También la virgen consagrada exalta la misericordia de Dios en el servicio, en la luz que ha de proyectar su vida para los hermanos. La hora de la misericordia de Dios supone siempre en nuestra vida dejarse obrar. Con cuánta claridad, en expresión de verbos en el cántico del *Magnificat*, lo expresa la voz de la Escritura puesta en labios de María: desplegó fortaleza, dispersó a los soberbios, derribó, ensalzó, colmó de auxilio..., que reflejan siempre ese actuar poderoso del amor paternal de Dios, del amor de Dios al hombre.

Se cumple el plan de Dios. Dios ha querido hacer obras grandes en la historia de los hombres, pero no se servirá nunca de alguien que no se haga pequeño, que no se haga fiel servidor, que tenga como característica de su vida la fidelidad y que tenga un corazón silencioso para poder adorar a Dios por todo cuanto sucede en su vida y en el mundo. Amén.

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

NOMBRAMIENTOS

VICARIO PARROQUIAL

De la Parroquia Santa María de la Alegría, en Móstoles: José Aurelio Rosado Hoyo, (9-01-04).

OTROS OFICIOS

Capellán de la Comunidad Religiosa de Misioneras del Divino Maestro: Jose Antonio Pérez Bordeje, en Boadilla del Monte, (9-01-04).

FRANCISCO JOSÉ PÉREZ Y FERNÁNDEZ-GOLFÍN
Por la Gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica
PRIMER OBISPO DE GETAFE

D^a JOSEFINA BARRENA PILAR:

"Manos Unidas Campaña contra el Hambre", Asociación pública de fieles de ámbito nacional, erigida como persona jurídica pública por la Conferencia Episcopal Española para la ayuda, promoción y desarrollo del Tercer Mundo, precisa el nombramiento de una Presidenta-Delegada para la Sede diocesana de Getafe. Después de conocer tus dotes de idoneidad, prudencia y sentir eclesial, por las presentes te nombro, por un trienio,

PRESIDENTA-DELEGADA DE MANOS UNIDAS

En el ejercicio de este cargo aplicarás los Estatutos de Manos Unidas aprobados en la LXXXI Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española (Madrid, 17-21 nov. 2003). Para cumplir los fines de la Asociación (Art. 5) procurarás desarrollar a nivel diocesano la Sede de Manos Unidas con la adscripción de nuevos miembros y la organización de la Asamblea y del equipo directivo (cfr. cap. III y IV de los Estatutos).

Confía para el desempeño de esta misión en la oración de la Iglesia y en la bendición del obispo.

Getafe, 24 de enero de 2004.

† Francisco José Pérez y Fernández-Golfin
Obispo de Getafe

Por mandato de su S.E. Rvdma.
Canciller-Secretario



INFORMACIÓN

DÍAS DE 2004 EN QUE EL OBISPADO DE GETAFE PERMANECERÁ CERRADO

1 de enero. Año Nuevo.
6 de enero. La Epifanía del Señor.
19 de marzo. San José.
8 de abril. Jueves Santo.
9 de abril. Viernes Santo.
12 de abril. Lunes de Pascua.
20 de mayo. Fiesta Local. Getafe.
31 de mayo. Fiesta Local. Getafe.
16 de agosto. Asunción de la Virgen.
12 de octubre. Fiesta del Pilar.
1 de noviembre. Todos los Santos.
6 de diciembre. La Constitución.
8 de diciembre. La Inmaculada.
24 de diciembre. Nochebuena.
31 de diciembre. Nochevieja.

ROMANO PONTÍFICE

**MENSAJE PARA LA CELEBRACIÓN
DE LA JORNADA MUNDIAL DE LA PAZ**

1 enero 2004

**UN COMPROMISO SIEMPRE ACTUAL:
EDUCAR PARA LA PAZ**

Me dirijo a vosotros, Jefes de las Naciones, que tenéis el deber de promover la paz.

A vosotros, Juristas, dedicados a abrir caminos de entendimiento pacífico, preparando convenciones y tratados que refuerzan la legalidad internacional.

A vosotros, Educadores de la juventud, que en cada continente trabajáis incansablemente para formar las conciencias en el camino de la comprensión y del diálogo.

Y me dirijo también a vosotros, hombres y mujeres que sentís la tentación de recurrir al terrorismo como instrumento inaceptable, comprometiendo así, desde la raíz, la causa por la cual estáis combatiendo.

Escuchad todos el humilde llamamiento del sucesor de Pedro que grita: ¡Aún hoy, al inicio del nuevo año 2004, *la paz es posible*. Y, si es posible, *la paz es también una necesidad apremiante*.

Una iniciativa concreta

1. El primer Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz, al inicio de enero de 1979, se centraba en el lema: «*Para lograr la paz, educar a la paz*».

Con aquel Mensaje de Año Nuevo se continuaba el plan trazado por Pablo VI, el cual había querido para el 1 de enero de cada año la celebración de una Jornada Mundial de oración por la Paz. Recuerdo las palabras del mencionado Pontífice en el Año Nuevo de 1968: «Sería nuestro deseo que después, cada año, esta celebración se repitiese como presagio y como promesa, al principio del calendario que mide y describe el camino de la vida en el tiempo, de que sea la Paz con su justo y benéfico equilibrio la que domine el desarrollo de la historia futura».¹

Haciendo mío el deseo expresado por mi venerado Predecesor en la Cátedra de Pedro, cada año he mantenido esta noble tradición dedicando el primer día del año civil a la reflexión y la oración por la paz en el mundo.

En los veinticinco años de Pontificado, que el Señor me ha concedido hasta ahora, no he dejado de levantar mi voz, ante la Iglesia y ante el mundo, para invitar a los creyentes, así como a todas las personas de buena voluntad, a hacer propia la causa de la paz, para contribuir a la realización de este bien primordial, asegurando así al mundo una era mejor, en serena convivencia y respeto recíproco.

Este año siento también el deber de invitar a los hombres y mujeres de cada continente a celebrar una nueva Jornada Mundial de la Paz. En efecto, la humanidad necesita más que nunca reencontrar la vía de la concordia, al estar estremecida por egoísmos y odios, por afán de poder y deseos de venganza.

La ciencia de la paz

2. Los once Mensajes dirigidos al mundo por el Papa Pablo VI han trazado progresivamente las coordenadas del camino a recorrer para alcanzar el ideal de la paz. Poco a poco el gran Pontífice fue ilustrando los diversos capítulos de una verdadera y propia «ciencia de la paz». Puede ser útil recordar los temas de los

¹*Insegnamenti*, V (1967), 620.

Mensajes dejados por el Papa Montini para dicha ocasión.² Cada uno de ellos conserva aún hoy una gran actualidad. Incluso frente al drama de las guerras que, al comienzo del Tercer Milenio, todavía ensangrientan las regiones del mundo, sobre todo en Oriente Medio, estos escritos, en algunos de sus pasajes, tienen el valor de avisos proféticos.

Glosario de la paz

3. Por mi parte, a lo largo de estos veinticinco años de Pontificado, he procurado avanzar por el camino iniciado por mi venerado Predecesor. Al comienzo de cada nuevo año, he exhortado a las personas de buena voluntad a reflexionar, a la luz de la razón y de la fe, sobre los diversos aspectos de una convivencia ordenada.

Ha surgido así una síntesis de doctrina sobre la paz, que es *como un glosario* sobre este argumento fundamental; un glosario fácil de entender para quien tiene el ánimo bien dispuesto, pero al mismo tiempo extremadamente exigente para toda persona sensible al porvenir de la humanidad.³

²1968: *1º de enero: Jornada Mundial de la Paz*

1969: *La promoción de los derechos del hombre, camino hacia la paz*

1970: *Educarse para la paz a través de la reconciliación*

1971: *Todo hombre es mi hermano*

1972: *Si quieres la paz, trabaja por la justicia*

1973: *La paz es posible*

1974: *La paz depende también de ti*

1975: *La reconciliación, camino hacia la paz*

1976: *Las verdaderas armas de la paz*

1977: *Si quieres la paz, defiende la vida*

1978: *No a la violencia, sí a la paz*

³ Siguen los temas de las 25 sucesivas Jornadas Mundiales de la Paz:

1979: *Para lograr la paz, educar a la paz*

1980: *La verdad, fuerza de la paz*

1981: *Para servir a la paz, respeta la libertad*

1982: *La paz, don de Dios confiado a los hombres*

1983: *El diálogo por la paz, una urgencia para nuestro tiempo*

1984: *La paz nace de un corazón nuevo*

1985: *La paz y los jóvenes caminan juntos*

1986: *La paz es un valor sin fronteras. Norte-Sur, Este-Oeste: una sola paz*

1987: *Desarrollo y solidaridad: dos claves para la paz*

1988: *La libertad religiosa, una condición para la pacífica convivencia*

1989: *Para construir la paz, respeta las minorías*

1990: *Paz con Dios creador, paz con todas las criaturas*

1991: *Si quieres la paz, respeta la conciencia de cada persona*

Los distintos aspectos de la paz ya han sido ilustrados abundantemente. Ahora no queda más que actuar para que el ideal de la convivencia pacífica, con sus precisas exigencias, entre en la conciencia de los individuos y de los pueblos. Los cristianos sentimos, como característica propia de nuestra religión, el deber de formarnos a nosotros mismos y a los demás para la paz. En efecto, para el cristiano proclamar la paz es anunciar a Cristo que es «nuestra paz» (Ef 2,14) y anunciar su Evangelio que es «el Evangelio de la paz» (Ef 6,15), exhortando a todos a la bienaventuranza de ser «constructores de la paz» (cf. Mt 5,9).

Educar a la paz

4. En el Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz del 1º de enero de 1979 dirigía ya este llamamiento: «*Para lograr la paz, educar a la paz*». Esto es hoy más urgente que nunca porque los hombres, ante las tragedias que siguen afligiendo a la humanidad, están tentados de abandonarse al fatalismo, como si la paz fuera un ideal inalcanzable.

La Iglesia, en cambio, ha enseñado siempre y sigue enseñando una evidencia muy sencilla: *la paz es posible*. Más aún, la Iglesia no se cansa de repetir: *la paz es necesaria*. Ésta se ha de construir sobre las cuatro bases indicadas por el Beato Juan XXIII en la Encíclica *Pacem in terris*: la verdad, la justicia, el amor y la libertad. Se impone, pues, un deber a todos los amantes de la paz: *educar a las nuevas generaciones en estos ideales*, para preparar una era mejor para toda la humanidad.

Educar a la legalidad

5. En este cometido de educar a la paz, se ve la urgente necesidad de enseñar a los individuos y los pueblos a *respetar el orden internacional* y observar

-
- 1992: *Creyentes unidos en la construcción de la paz*
 - 1993: *Si quieres la paz, sal al encuentro del pobre*
 - 1994: *De la familia nace la paz de la familia humana*
 - 1995: *La mujer: educadora para la paz*
 - 1996: *Demos a los niños un futuro de paz*
 - 1997: *Ofrece el perdón, recibe la paz*
 - 1998: *De la justicia de cada uno nace la paz para todos*
 - 1999: *El secreto de la verdadera paz reside en el respeto de los derechos humanos*
 - 2000: *Paz en la tierra a los hombres que Dios ama*
 - 2001: *Diálogo entre culturas para una civilización del amor y la paz*
 - 2002: *No hay paz sin justicia, no hay justicia sin perdón*
 - 2003: *«Pacem in terris»: una tarea permanente*

los compromisos asumidos por las Autoridades, que los representan legítimamente. La paz y el derecho internacional están íntimamente unidos entre sí: *el derecho favorece la paz*.

Desde los albores de la civilización, las agrupaciones humanas que se formaron establecieron acuerdos y pactos para evitar el uso arbitrario de la violencia y buscar una solución pacífica a las controversias que surgían. Además de los ordenamientos jurídicos de cada pueblo, se formó progresivamente otro conjunto de normas que fue calificado como *jus gentium* (derecho de gentes). Con el paso del tiempo, éste se fue difundiendo y precisando a la luz de las vicisitudes históricas de los pueblos.

Este proceso tuvo notable auge con el nacimiento de los Estados modernos. A partir del siglo XVI juristas, filósofos y teólogos se dedicaron a elaborar los diversos capítulos del derecho internacional, basándolo en postulados fundamentales del derecho natural. En este proceso tomaron forma, con mayor fuerza, *unos principios universales que son anteriores y superiores al derecho interno de los Estados*, y que tienen en cuenta la unidad y la común vocación de la familia humana.

Entre todos estos principios destaca ciertamente aquél según el cual *pacta sunt servanda*: los acuerdos firmados libremente deben ser cumplidos. Ésta es la base y el presupuesto inderogable de toda relación entre las partes contratantes responsables. Su violación llevaría a una situación de ilegalidad y de consiguientes roces y contraposiciones, que tendrían repercusiones negativas duraderas. Es oportuno recordar esta regla fundamental, sobre todo en los momentos en que se percibe la tentación de apelar al *derecho de la fuerza* más que a la *fuerza del derecho*.

Uno de estos momentos fue sin duda el drama que experimentó la humanidad durante la segunda guerra mundial: una espiral de violencia, destrucción y muerte, como nunca se había conocido hasta entonces.

La observancia del derecho

6. Aquella guerra, con los horrores y las terribles violaciones de la dignidad humana que causó, llevó a *una renovación profunda del ordenamiento jurídico internacional*. La defensa y promoción de la paz fueron el centro de un sistema normativo e institucional actualizado ampliamente. Para proteger la paz y la seguridad global, y fomentar los esfuerzos de los Estados para mantener y garantizar

estos bienes fundamentales de la humanidad, los Gobiernos crearon una organización específica al respecto –la *Organización de las Naciones Unidas*– con un *Consejo de Seguridad* dotado de amplios poderes de acción. Como eje del sistema se puso *la prohibición del recurso a la fuerza*. Una prohibición que, según el conocido Cap. VII de la *Carta de las Naciones Unidas*, prevé únicamente dos excepciones. Una confirma el *derecho natural a la legítima defensa*, que se ha de ejercer según las modalidades previstas en el ámbito de las Naciones Unidas; por consiguiente, dentro también de los tradicionales límites de la *necesidad* y de la *proporcionalidad*.

La otra excepción es el *sistema de seguridad colectiva*, que atribuye al Consejo de Seguridad la competencia y responsabilidad para el mantenimiento de la paz, con poder de decisión y amplia discrecionalidad.

El sistema elaborado con la *Carta de las Naciones Unidas* debía haber preservado a «las futuras generaciones del azote de la guerra, que dos veces, en el arco de tiempo de una vida humana, ha infligido indecibles sufrimientos a la humanidad».⁴ En los decenios sucesivos, sin embargo, la división de la comunidad internacional en bloques contrapuestos, la guerra fría en una parte del globo terrestre, así como los violentos conflictos surgidos en otras regiones y el fenómeno del terrorismo, han producido un alejamiento creciente de las previsiones y expectativas de la inmediata posguerra.

Un nuevo ordenamiento internacional

7. Sin embargo, es preciso reconocer que la Organización de las Naciones Unidas, incluso con límites y retrasos debidos en gran parte al incumplimiento por parte de sus miembros, ha contribuido a promover notablemente el respeto de la dignidad humana, la libertad de los pueblos y la exigencia del desarrollo, preparando el terreno cultural e institucional sobre el cual construir la paz.

La acción de los Gobiernos nacionales recibirá un gran impulso al constatar que los ideales de las Naciones Unidas están muy extendidos, especialmente a través de los gestos concretos de solidaridad y de paz de tantas personas que trabajan en las *Organizaciones No Gubernativas* y en los Movimientos en favor de los derechos humanos.

⁴*Preámbulo.*

Se trata de un significativo estímulo para una reforma que capacite a la Organización de las Naciones Unidas para funcionar eficazmente en la consecución de sus propios objetivos estatutarios, todavía válidos: «la humanidad, enfrentada a una etapa nueva y más difícil de su auténtico desarrollo, necesita hoy un *grado superior de ordenamiento internacional*». ⁵ Los Estados deben considerar este objetivo como una precisa obligación moral y política, que requiere prudencia y determinación. Renuevo a este respecto el deseo formulado en 1995: «Es preciso que la Organización de las Naciones Unidas se eleve cada vez más de la fría condición de institución de tipo administrativo a la de ser centro moral, en el que todas las naciones del mundo se sientan en su casa, desarrollando la conciencia común de ser, por así decir, una “*familia de naciones*”». ⁶

La plaga funesta del terrorismo

8. Hoy el derecho internacional tiene dificultades para ofrecer soluciones a las situaciones conflictivas derivadas de los cambios en el panorama del mundo contemporáneo. En efecto, estas mismas situaciones cuentan frecuentemente entre sus protagonistas con *agentes que no son Estados*, sino entes derivados de la disgregación de los Estados mismos, o vinculados a reivindicaciones independentistas, o bien relacionados con aguerridas organizaciones criminales. Un ordenamiento jurídico constituido por normas elaboradas a lo largo de los siglos *para regular las relaciones entre Estados soberanos* encuentra dificultades para hacer frente a conflictos en los que intervienen también *entes no asimilables a las características tradicionales de un Estado*. Esto vale, concretamente, para el caso de los grupos terroristas.

La plaga del terrorismo se ha hecho más virulenta en estos últimos años y ha producido masacres atroces que han obstaculizado cada vez más el proceso del diálogo y la negociación, exacerbando los ánimos y agravando los problemas, especialmente en Oriente Medio.

Sin embargo, para lograr su objetivo, *la lucha contra el terrorismo no puede reducirse sólo a operaciones represivas y punitivas*. Es esencial que incluso el recurso necesario a la fuerza vaya acompañado por un análisis lúcido y deci-

⁵Carta enc. *Sollicitudo rei socialis*, 43: AAS 80 (1988), 575.

⁶*Discurso ante la Asamblea General de las Naciones Unidas*, Nueva York (5 octubre 1995), 14: *L'Osservatore Romano*, ed. semanal en lengua española (13 octubre 1995), p. 9.

dido de los *motivos subyacentes a los ataques terroristas*. Al mismo tiempo, la lucha contra el terrorismo debe realizarse también en el plano político y pedagógico: por un lado, evitando las causas que originan las situaciones de injusticia de las cuales surgen a menudo los móviles de los actos más desesperados y sanguinarios; por otro, insistiendo en una educación inspirada en el respeto de la vida humana en todas las circunstancias. En efecto, la unidad del género humano es una realidad más fuerte que las divisiones contingentes que separan a los hombres y los pueblos.

En la necesaria lucha contra el terrorismo, el derecho internacional ha de elaborar ahora instrumentos jurídicos dotados de mecanismos eficientes de prevención, control y represión de los delitos. En todo caso, los Gobiernos democráticos saben bien que el uso de la fuerza contra los terroristas *no puede justificar la renuncia a los principios de un Estado de derecho*. Serían opciones políticas inaceptables las que buscasen el éxito sin tener en cuenta los derechos humanos fundamentales, dado que *¡el fin nunca justifica los medios!*

Aportación de la Iglesia

9. «Bienaventurados los que trabajan por la paz, porque ellos serán llamados hijos de Dios» (*Mt 5,9*). ¿Cómo esta palabra, que invita a trabajar en el inmenso campo de la paz, podría tener resonancias tan intensas en el corazón humano si no correspondiera a un anhelo y una esperanza que nosotros tenemos de manera imborrable? Y, ¿por qué otro motivo los que trabajan por la paz serán llamados hijos de Dios, si no es porque Él, por su naturaleza, es el Dios de la paz? Precisamente por esto, en el anuncio de salvación que la Iglesia propaga por todo el mundo hay elementos doctrinales de fundamental importancia para la elaboración de los principios necesarios para una pacífica convivencia entre las Naciones.

Las vicisitudes históricas enseñan que la edificación de la paz no puede prescindir del respeto de un orden ético y jurídico, según el antiguo adagio: «*Serva ordinem et ordo servabit te*» (conserva el orden y el orden te conservará a ti). El derecho internacional debe evitar que prevalezca la ley del más fuerte. Su objetivo esencial es reemplazar «la fuerza material de las armas con la fuerza moral del derecho»,⁷ previendo sanciones apropiadas para los transgresores, además de la debida reparación para las víctimas. Esto ha de valer también para aquellos gobernantes

⁷Benedicto XV, *Appello ai Capi dei popoli belligeranti*, 1 enero 1917: AAS 9 (1917), 422.

que violen impunemente la dignidad y los derechos humanos con el pretexto inaceptable de que se trata de cuestiones internas de su Estado.

Dirigiéndome al Cuerpo Diplomático acreditado ante la Santa Sede, el 13 de enero de 1997, indicaba en el Derecho internacional un instrumento de primer orden para la búsqueda de la paz: «El derecho internacional ha sido durante mucho tiempo un derecho de la guerra y de la paz. Creo que está llamado cada vez más a ser exclusivamente un derecho de la paz concebida en función de la justicia y de la solidaridad. Y, en este contexto, la moral debe fecundar el derecho; ella puede ejercer también una función de anticipación del derecho, en la medida en que indica la dirección de lo que es justo y bueno».⁸

A lo largo de los siglos, ha sido relevante la contribución doctrinal ofrecida por la Iglesia -a través de la reflexión filosófica y teológica de numerosos pensadores cristianos- para orientar el derecho internacional hacia el bien común de toda la familia humana. En la historia contemporánea concretamente, los Papas no han dudado en subrayar la importancia del derecho internacional como garantía de la paz, con la convicción de que «frutos de justicia se siembran en la paz para los que procuran la paz» (St 3, 18). La acción de la Iglesia -mediante sus propios instrumentos- está comprometida en este sentido, a la luz perenne del Evangelio y con la ayuda indispensable de la oración.

La civilización del amor

10. Al final de estas reflexiones considero obligado, no obstante, recordar que, para instaurar la verdadera paz en el mundo, *la justicia ha de complementarse con la caridad*. El derecho es, ciertamente, el primer camino que se debe tomar para llegar a la paz. Y los pueblos deben ser formados en el respeto de este derecho. Pero no se llegará al final del camino si la justicia no se integra con el amor. A veces, justicia y amor aparentan ser *fuerzas antagónicas*. Verdaderamente, no son más que *las dos caras de una misma realidad*, dos dimensiones de la existencia humana que deben completarse mutuamente. Lo confirma la experiencia histórica. Ésta enseña cómo, a menudo, la justicia no consigue liberarse del rencor, del odio e incluso de la crueldad. *Por sí sola, la justicia no basta*. Más aún, puede llegar a negarse a sí misma, si no se abre a la fuerza más profunda que es el amor.

⁸N. 4: *L'Osservatore Romano*, ed. semanal en lengua española (17 enero 1997), p. 6.

Por eso he recordado varias veces a los cristianos y a todas las personas de buena voluntad *la necesidad del perdón* para solucionar los problemas, tanto de los individuos como de los pueblos. ¡*No hay paz sin perdón!* Lo repito también en esta circunstancia, teniendo concretamente ante los ojos la crisis que sigue arreciando en Palestina y en Medio Oriente. No se encontrará una solución a los graves problemas que aquejan a las poblaciones de aquellas regiones, desde hace demasiado tiempo, hasta que no se decida superar la lógica de la estricta *justicia* para abrirse también a la del *perdón*.

El cristiano sabe que el amor es el motivo por el cual Dios entra en relación con el hombre. Es también el amor lo que Él espera como respuesta del hombre. Por eso el amor es *la forma más alta y más noble de relación* de los seres humanos entre sí. El amor debe animar, pues, todos los ámbitos de la vida humana, extendiéndose igualmente al orden internacional. Sólo una humanidad en la que reine la «civilización del amor» podrá gozar de una paz auténtica y duradera.

Al principio de un nuevo año deseo recordar a las mujeres y a los hombres de cada lengua, religión y cultura el antiguo principio: «*Omnia vincit amor!*» (Todo lo vence el amor) ¡Sí, queridos hermanos y hermanas de todas las partes del mundo, al final vencerá el amor! Que cada uno se esfuerce para que esta victoria llegue pronto. A ella, en el fondo, aspira el corazón de todos.

Vaticano, 8 de diciembre de 2003.

Ioannes Paulus II

HOY DOMINGO

HOJA LITÚRGICA DE LA DIÓCESIS DE MADRID

1. La Hoja está concebida como medio semanal de formación litúrgica, con el fin de preparar la Misa dominical o profundizar después de su celebración. Es la única Hoja litúrgica concebida primordialmente para los fieles y comunidades religiosas.

2. Sirve de manera especial a los miembros de los equipos de litúrgica y para los que ejercen algún ministerio en la celebración. También ayuda eficazmente al sacerdote celebrante para preparar la eucaristía y la homilía.

3. En cada suscripción se incluye para el sacerdote celebrante una hoja con moniciones para cada domingo y observaciones de pastoral litúrgica para los diferentes tiempos y celebraciones especiales.

4. En muchas parroquias de Madrid se coloca junto a la puerta de entrada del templo, con el fin de que los fieles puedan recogerla y depositar un donativo, si lo creen oportuno. Son muchos los fieles que agradecen este servicio dominical.

NORMAS GENERALES DE FUNCIONAMIENTO

- **SUSCRIPCIÓN MÍNIMA:** 25 ejemplares semanales (1.300 ejemplares año).
- **ENVÍOS:** 8 DOMINGOS ANTICIPADAMENTE (un mes antes de la entrada en vigor).
Hasta 25 ejemplares se mandan por Correos.
Desde 50-75-100-150-200 etc. ejemplares los lleva un repartidor.
- **COBRO:** Domiciliación bancaria o talón bancario.
Suscripción de 25 a 75 ejemplares se cobran de una sola vez (Junio).
Resto de suscripciones en dos veces (Junio y Diciembre).
El pago se efectúa cuando se han enviado ya los ejemplares del **primer semestre**.
- **DATOS ORIENTATIVOS:** 25 ejemplares año . . . 133 Euros (mes 11,08 Euros)
50 ejemplares año . . . 266 Euros (mes 22,17 Euros)
100 ejemplares año . . . 500 Euros (mes 41,67 Euros)
- **SUSCRIPCIONES:** Servicio Editorial del Arzobispado de Madrid.
c/ Bailén, 8
Telfs.: 91 454 64 00 - 27
28071 Madrid